DON QUIJOTE DE LA MANCHA

PUBLISHED IN SPAIN

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45 — BARCELONA

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

COMEDIA EN TRES ACTOS

BASADA EN LA NOVELA DE

CERVANTES

ESCRITA EN VERSO

POR

Guillen de Castro

BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»
15, Barbará. 15
1916

PERSONAJES

LUCINDA.
DOROTEA.
DUEÑA.
DONCELLA.
DON QUIJOTE.
SANCHO PANZA.
CARDENIO.
MARQUÉS.
DUQUE.
CURA.
BARBERO.
TEODORO.
FULGENCIO.
FIDENO.
LISARDO.
VILLANO.
ESCUDERO.
GENTILHOMBRE.
PAJE.

Monteros, Heraldos, Pajes, Damas, Caballeros y Enmascarados,

ACTO PRIMERO

Fondo de montañas: peñascos desprendidos de lo alto de ellas. Naturaleza agreste. Al fondo, tortuoso camino.

ESCENA PRIMERA

Salen CARDENIO y LUCINDA; ella vestida de cazadora y él como que la ayuda a levantar, por haberse caído del caballo.

LUCINDA ¡Jesús mío!
CARDENIO ¡Trance fuerte!
Tente a mí... ¡Cayó el caballo!
LUCINDA Y yo en tus brazos me hallo,
de las manos de la muerte.
CARDENIO ¿Qué es esto, señora mía?
Pareciérame, por Dios
a ser los caballos dos,
que era Faeton que caía.
Verte, con tal movimiento
descompuesta y mal segura,
hurtalle al sol la hermosura
y la ligereza al viento;...
conocerte por las señas
de tu traje soberano,
volando por este llano,
trepando por estas peñas;...
y antes de hacerme pedazos,
rodando del monte al valle
el caballo, tu dejalle,
para ponerte en mis brazos...
Parece sueño; o mejor
pienso, que es tal extrañeza
milagro de la belleza

608993

con premio de tanto amor.

LUCINDA Antes ha sido, el hallarte
a librarme de la muerte,
para que el mucho deberte
disculpe al mucho adorarte.
Supe que el Duque salía
a caza; y poco después,
de aquella aldea que ves,
por ser de mi padre, mía,
como algunas veces suelo,
salí al campo sin mi gente,
(que halla un amante ausente
en la soledad consuelo)
y desde lejos oí,
según lo que alborotaban,
que seguían, o mataban,
algún oso o jabalí.
Y como no suele haber
hombre cuerdo y a caballo,
no fué posible el estallo
a caballo una mujer;
y más yo, pues que venía
para mejorar de suerte,
viniendo Cardenio a verte
como loca de alegría.
Y así, picando el caballo
hácia el latir de los perros,
plumas le puse en los hierros.
Mas cuando quise parallo,
calentósele la boca,
mordió el freno, y por tenello,
descompúseme el cabello,
y llevó el viento la toca.
De una rienda le tiraba
por ver si le pararía,
y él como viento corría,
como demonio saltaba.
Tomó por esta ladera,
y sin torcelle o paralle,
cayó desde el monte al valle;
donde yo también cayera,

a no arrojarme a este lado
sobre tus brazos.

CARDENIO Y has sido
ángel del cielo caído;
mas no del cielo arrojado.

LUCINDA Y de todo causa fué...

CARDENIO ¿Qué, señora?

LUCINDA Un devaneo;
querer lograr un deseo.

CARDENIO ¿Y hasle logrado?

LUCINDA No sé.

(Mira Lucinda a una parte y a otra, como que se recata de algo.)

CARDENIO ¿Qué miras? ¿Qué sientes?

LUCINDA Siento...

CARDENIO ¿Quién aumenta tu arrebol?

LUCINDA (¿Podré fiarme del sol,
si ha de murmurarme el viento?
¿Podré con vergüenza y miedo
hablarle, cielos divinos,
a la sombra de estos pinos,
si es bastante la de un dedo?)

CARDENIO ¿Qué temes? Que todo abona
tu corazón: habla y fía.

LUCINDA Escucha, por vida mía,
y si me turbo, perdona.
Habrá seis años bien hechos,
llenos de tiernos despojos,
que nos declaran los ojos
lo que no cabe en los pechos.
Y ha cuatro, que quiero hablarte
tan a solas, y tan quedo,
que de la vergüenza y miedo
excusase alguna parte.
De esta suerte no podía,
si a mi ventana te hablaba;
y así, amando, me animaba,
y temiendo, me encogía:
que baja muy descompuesta
la razón de una ventana,
y parece muy liviana,
en no siendo muy honesta.

En mis papeles pudiera
declararte mis cuidados;
mas no son para fiados
de una cosa tan ligera.
Mas pues me da el cielo santo,
por dar alivio a mi pena,
ocasión, que por tan buena
pudiera costarme tanto;
dí, Cardenio, si es verdad
que cuanto el hombre imagina
con algún fin lo encamina
la fuerza o la voluntad;
si en cuantos tratan de amar,
es el fin el ser maridos,
u otros tratos, no admitidos
de quién no los debe usar.
Como amante el más perfeto
que hay del uno al otro polo,
más constante, sabio y solo,
más solícito y secreto;
viendo en mi correspondencia,
y no dándote los cielos
inconvenientes de celos
con intervalos de ausencia.
Y viendo en el alma mía,
ya en ventana, iglesia o coche,
tanto desvelo de noche,
tanto cuidado de día...
¿No has aspirado y tenido
(Al ser formulada esta pregunta, Cardenio manifestará con sus movimientos la viva emoción de tristeza que le ocasiona.)
otro fin, otro cuidado,
que el de amar y ser amado,
de querer y ser querido?
A lo que pregunto agora
y me da eternos enojos,
con lágrimas en los ojos
me respondiste.

CARDENIO (Emocionado.) Señora,
la duda de esa respuesta,
que agora al alma se atreve,

¡cuántos suspiros me debe!
¡cuántas lágrimas me cuesta!
¡Qué de veces han luchado
la honra con el amor!

LUCINDA Dí la causa. (¿Hay tal rigor?)

CARDENIO Pon silencio a este cuidado.
Señora. Lucinda hermosa,
deja muerta esa verdad.

LUCINDA ¿No tengo yo calidad...?

CARDENIO Para ser de un rey esposa.

LUCINDA ¿No es mi fama, y mi opinión...?

CARDENIO Que no la iguala ninguna.

LUCINDA ¿Pues los bienes de fortuna
son tan pocos...?

CARDENIO Muchos son.

LUCINDA ¿Pues...?

CARDENIO En mí...

LUCINDA ¿Qué, eres casado?

CARDENIO No, señora.

LUCINDA ¿Has prometido
casamiento?

CARDENIO Ni eso ha sido.

LUCINDA ¡Dí lo que es!

CARDENIO Soy desdichado.
Soy honrado, ¡ay, cielo hermoso!

LUCINDA ¿Eso es falta?

CARDENIO Sí, señora:
porque en los tiempos de agora
ningún honrado es dichoso.
Mas oye, señora: pues:..

ESCENA II

Dichos, MARQUÉS y DOROTEA. Luego DUQUE, dentro.
Sale Dorotea huyendo del Marqués, y él tras ella, deteniéndola; pero ésta escápase rápida.

DOROTEA No me persigas. (Vase.)

MARQUÉS Espera.
¡Sólo en esto eres ligera!
(El Marqués corre detrás de Dorotea, y se detiene al

oir la voz del Duque. Este, desde dentro, y dando grandes voces.)

DUQUE ¡Hijo!
LUCINDA ¿Qué es esto? (Mirando a la derecha.)
DUQUE (Todos miran dentro.) ¿Marqués?
¡Aquí, aquí! ¡Favor, favor!
MARQUÉS ¡Mi padre! (Sin moverse de su sitio.)
CARDENIO El Duque es, sin duda
DUQUE ¿Por qué la edad no me ayuda,
aunque me ayude el valor?
CARDENIO ¡Matóle un oso el caballo!
(Quire favorecer al Duque y Lucinda lo detiene.)
LUCINDA Tente, Cardenio.
CARDENIO No puedo. (Mutis derecha.)
MARQUÉS (Muerto de amor y de miedo
me siento: quiero dejallo, (Por su padre.)
que no le oí...)
DUQUE ¡Cielo santo!
MARQUÉS (Fingiré.)
CARDENIO (Dentro. ¡Espantosa fiera!
MARQUÉS (Que poco importa que muera
un padre que vive tanto.)
(Vase el Marqués por la izquierda y Lucinda queda mirando como Cardenio favorece al Duque.)

ESCENA III

LUCINDA, mirando hacia adentro.

Dios te guarde, y no permita
tanto mal!... ¡Qué acometer, (Por Cardenio.)
qué de herir y qué vencer!
¡Ya Cardenio a Jorge imita!
¡Ya debajo del pié tiene
la bestia, que muerta espanta!
Ya al viejo Duque levanta,
y el Duque le abraza y viene.
Escondida, de este modo,
esperaré. (Se esconde detrás de unos árboles.)

ESCENA IV

LUCINDA, escondida. CARDENIO y DUQUE.

DUQUE ¡Mi Cardenio,
no sin causa, de tu ingenio
fío de mi casa el todo.
No sin causa es tu valor
en mi opinión el primero;
y no sin causa, te quiero
con tan entrañable amor.
Sin duda en mi pecho nace
con efectos de adivina
mi voluntad, pues me inclina
a quien tanto bien me hace.

CARDENIO Soy tu esclavo, soy tu hechura,
y te sirvo con el alma.

DUQUE Pon en mi palma tu palma,
que mil palmas asegura.
(Presentándole la mano que Cardenio aprieta.)
¡Estás herido!

CARDENIO No es nada.

LUCINDA (¿No es sangre?... ¡Triste de mí!)

DUQUE Muestra...

CARDENIO Yo mismo me herí,
señor, al sacar la espada.

DUQUE A ver...

CARDENIO Pequeña sangría
es, señor.

DUQUE ¡Menos que fuera!
Toda mi sangre se altera
como si ésta fuera mía.
Desmáyame... Cubrelá.
(Se refiere a la herida.)

CARDENIO Cubriréla.

DUQUE Que en mi pecho
un extraño efecto ha hecho.

LUCINDA (Pues en el mío, ¿qué hará?)

DUQUE Tan grande tributo hago
de dolor, viéndola aquí,
que pienso que te la dí.

CARDENIO En el alma te lo pago.

DUQUE Y con la mía pagara

el habértela yo dado,
porque mi hacienda y mi estado,
quien tanto quiero, heredara.

CARDENIO Goza al Marqués mi señor,
que el cielo mil años guarde,
y te herede.

DUQUE ¡Hijo cobarde,
sin piedad y sin valor!
¡Qué pudo dejarme aquí
su crueldad, su cobardía,
viendo que muerto caía
el caballo sobre mí;
sin que fuesen de provecho,
sin que moviesen mis voces
a sus entrañas feroces
y a su temeroso pecho.

CARDENIO En lo que piensas repara,
señor: si el Marqués te oyera,
con el alma te acudiera,
con la espada te ayudara,
que es piadosa su hidalguía
y su acero es más que fuerte.

DUQUE ¡Ay, Cardenio, de otra suerte
le pinta mi fantasía!
¡Tan incapaz, tan injusto,
tan grosero, tan ingrato,
tan ajeno de mi trato,
tan contrario de mi gusto!...

CARDENIO Es de padre esa pasión:
quieren los padres, discretos,
a sus hijos tan perfetos,
que piensan que no lo son.
Algunas desenvolturas
del Marqués, son mocedades.

DUQUE Y mejor dirás, si añades,
disparates y locuras.

CARDENIO En un mozo no es exceso
no ser cuerdo el proceder:
que antes falta viene a ser
en poca edad mucho seso.

LUCINDA (¡Ay, Cardenio!) (Con amoroso entusiasmo.)

DUQUE — Son noblezas
de tu pecho esos consuelos.
¡Ah, si yo pudiera ¡cielos!
trocar dos naturalezas! –
Y está seguro de mí:
que con pecho airado y fiel
a ti te trocara en él
y a él le trocara en ti:
pues no sé qué lo ha causado;
pero ninguno ha tenido
hijo más aborrecido,
ni criado más amado.

ESCENA V

Dichos, MONTEROS 1.º y 2.º

MONTE. 1 — Aquí está el Duque. Atajad. (Desde el fondo.)
MONTE. 2 — Aquí, aquí. ¡Qué flema tienen!
DUQUE — ¡Qué de San Telmos que vienen
después de la tempestad!
Ninguno pudo seguirme... (Con ironía.)
CARDENIO — Fué que el caballo volaba. (Disculpándolos.)
DUQUE — Y alguno tan cerca estaba
que pudo verme y oirme.
Ven, y en mi tienda podrás
curar tu herida.
CARDENIO — Es, señor,
poca cosa.
DUQUE — ¿Y no es mejor,
que si es poco, no sea más? (Vase derecha.)
CARDENIO — (¡Ay, Lucinda!... ¡Si se ha ido!...
No puedo al Duque dejar...
¡Quién pudiera agora estar
en dos partes repartido!) (Sigue al Duque.)

ESCENA VI

LUCINDA

¡Quién pudiera detenélle!
¡Quién pudiera acompañalle!

¡Cuánto diera por hablalle
y cuánto me cuesta el velle!...
(Mirando hacia la derecha.)
Mas la tienda o pabellón
ponen muy cerca de aquí:
Donde la ocasión perdí,
esperaré la ocasión
hasta salir de esta duda
que me tiene en esta calma.

ESCENA VII

LUCINDA, escondida. MARQUÉS y DOROTEA; ella sale corriendo y el Marqués detrás.

MARQUÉS (Dentro.) Bien puede mudar el alma
quien tan bien los pasos muda.
LUCINDA Parece que escucho gente:
quiero retirarme un poco. (Se esconde.)
DOROTEA ¿Qué pretendes? (Saliendo.)
MARQUÉS Vengo loco:
detente, mi bien, detente.
Ya te alcancé, prenda amada:
templa un poco tus desdenes.
DOROTEA ¿Cómo podré, si me tienes
más que cogida, turbada?
¡Qué afrentas!
MARQUÉS Oye, señora...
DOROTEA ¿A quién es vasalla tuya?...
MARQUÉS Todo el cielo me destruya
si mi alma no te adora.
Sosiégate.
DOROTEA Ya sosiego
el corazón. ¿Qué me quieres?
MARQUÉS Que mires, que consideres
en mi pecho tanto fuego,
y que vive mi afición
mal premiada ha tantos días,
(pues las demás partes mías
tan aborrecibles son)
que la vida me destruyes,
que la muerte me dilatas,

cuando pesada me matas,
cuando ligera me huyes.
Ya que tu curso ligero
he merecido parar,
que me acabes de matar
con un desengaño quiero.

DOROTEA Una honrada cortesía
obliga a la más honesta:
perdona, si la respuesta
es grosera, por ser mía:
que quien de los montes viene
y en ellos le dieron ser,
grande enojo ha de tener
para mostrar que le tiene.
Y si, por ver cual te trata,
has culpado mi rigor,
no imagines que tu amor
desconozco, como ingrata;
ni pienses por mi recato
que tu voluntad me enfada,
que tu talle no me agrada
o que me ofende tu trato:
que el huirte y el dejarte
diversos efectos son:
pues huyo de la ocasión
de verte por no adorarte.
Porque no me dé consuelo
el cielo, cuando le quiera,
si de tus partes, cualquiera
no me parece otro cielo.
Y si a estarte agradecida
no me obligaron también,
y si no te quiero bien
que no lo tenga en mi vida.
Pero advierto la humildad
de mi estado y mi bajeza;
y considero tu alteza
tan cerca de majestad.
Hija soy de un labrador,
aunque es su riqueza extraña;
y tú, de un Grande de España
eres el hijo mayor.

Entre cabras y entre bueyes
nací yo; pues ¿qué sería,
manchar tú con sangre mía
la que te dieron los Reyes?
Pues de otra suerte, señor,
soy tan honrada mujer,
que en mi cuerpo viene a ser
sangre del alma mi honor;
y por no perder la palma
de honrada, de honesta y cuerda,
antes que una gota pierda,
he de perder toda el alma.
Refrenarte, pues, procura,
viendo que nacen, señor,
de sobras de tu valor
las faltas de mi ventura.
Y piensa, por consolarte,
que a mí, del rabioso daño
de este libre desengaño,
me alcanza la mayor parte.

MARQUÉS ¡Qué virtud, qué sal le pones
a tus divinos despojos,
que enamoras con los ojos
y encantas con las razones!
Y esta ocasión que me das,
a estimarte más me anima:
que la mujer que se estima
hace que la estimen más.
¡Villana del alma mía,
no tiene el mundo tu igual!
¡Si la virtud natural
es la mayor hidalguía!
¡Cuando no fueras hermosa,
como tan honrada fueras,
del Rey de España pudieras
ser querida y ser esposa!
¡Por el cielo soberano,
que pues tuya el alma fué,
ha de ser tuya mi fe
y tuya será mi mano!
Buscar quiero mi sosiego
aunque el pecho se desangre:

pues la mancha de tu sangre
es de tierra y no de fuego.
Y en mí, aunque quede corrida,
como no quede abrasada,
será siempre colorada
y nunca será ofendida.
Y no mezclaré la ajena
con la propia, sin mi gusto:
que un casamiento a disgusto
gasta la sangre más buena.
Dorotea, esos luceros
levanta y ponlos en mí;
tuyo he de ser, y de ti
nacerán mis herederos.
Será su naturaleza
aumento de mi salud:
pues tú les darás virtud
y yo les daré nobleza.

DOROTEA ¿Hablas de veras?

MARQUÉS ¿Pues duda
pones en tan grande amor?

DOROTEA Entre estos montes, señor,
anda la verdad desnuda;
y en la novedad de vella
de un cortesano nacida,
tan argentada y vestida,
no me atrevo a conocella.
Mas no es posible, aunque admira
el ver que a tal te dispones,
que tan fundadas razones
puedan fundarse en mentira.
Pero con todo, me espanto...

MARQUÉS ¿En qué dudas?

DOROTEA Tengo miedo.

MARQUÉS Dame crédito.

DOROTEA No puedo
creer que merezca tanto.

MARQUÉS ¡Por el divino Hacedor!...

DOROTEA No jures.

MARQUÉS ¡Tiénesme loco!

DOROTEA Deja que lo piense un poco...
y piénsalo tú mejor.

(Se siente rumor por la derecha, y el Marqués y Dorotea van al fondo y miran a dicho sitio.)
¿No es tu padre?... ¡Muerta soy!

MARQUÉS Visto me ha, habrele de hablar;
mas palabra me has de dar
de no irte.

DOROTEA Yo la doy.

MARQUÉS Escóndete.

DOROTEA (Y me destruyo
de temor.) (Se retira a la izquierda, pero quedando a la vista del público.)

MARQUÉS (¡Qué hubo de haber
tal estorbo!)

ESCENA VIII

Dichos, DUQUE, LISARDO, CARDENIO y CRIADOS.
Lisardo viene por la izquierda y al ver al Duque le saluda.

LISARDO Vengo a ver,
señor, mi hijo y el tuyo.

DUQUE Al tuyo le quiero yo
con el extremo que al mío.
¡Tiene valor, tiene brío!

LISARDO (De buen padre lo heredó.)

DUQUE Allí va.

LISARDO Yo a velle voy.

CARDENIO (¡Si se fué mi sol divino!...)

LUCINDA (Salir le quiero al camino.)

DOROTEA (Temblando de miedo estoy.)

LUCINDA (¡Mas qué veo! Aun es temprano.)

LISARDO ¡Hijo mío!

LUCINDA (¡Cómo hijo!)

CARDENIO ¡Mi padre! (Besándole la mano.)

LUCINDA (¡Mi padre, dijo,
y le ha besado la mano!
Si no es sueño, ¡yo estoy muerta!
Su padre debe de ser...
y éste el dudar y el temer
de Cardenio... Cosa cierta.)

DOROTEA (¡Qué sin gusto ha recibido
a un hijo que le ha besado

la mano!) (Refiriéndose a lo que hace el Duque.)

MARQUÉS (Aparte y haciendo referencia a su padre.)
(¡Mírame airado!
Mi falta habrá conocido.)

DUQUE Pues, Marqués...

MARQUÉS Señor... (En calma
me tiene el ver sus enojos.)

LUCINDA (¡En quién he puesto los ojos!)
¡Quién me tiene toda el alma!)
(Por Cardenio y con tristeza.)

CARDENIO Que más no te detuvieras
me holgara, padre querido. (A Lisardo.)

DUQUE (Al Marqués, irónicamente.)
¿Cómo en la caza os ha ido?
¿Habéis muerto muchas fieras?
¡Todas debieron de huir!...

MARQUÉS No las pude yo alcanzar.

DUQUE Acierta poco a matar
quien teme mucho morir.

LISARDO Adiós.

CARDENIO Vé con él.
(Le besa la mano a Lisardo y éste se retira al fondo hasta que le toca hablar.)

LUCINDA (¡Ay, triste!
¿Qué he de hacer?)

CARDENIO (¡Qué ocasión ésta!)
(A Lucinda, yendo hacia ella.)
Si no oiste la respuesta
de mi boca, ya la viste.
(Corrido estoy.)

MARQUÉS (Padre injusto.)

DUQUE Hacen, los que honrados son,
las cosas de obligación
primero que las de gusto.

CARDENIO ¿Qué es esto? (A Lucinda, al verla afligida.)

DOROTEA (¡Qué miedo labra
en mi pecho! ¡Cuál está!
¡Cómo se pasea, y da
diez pasos y una palabra!)
(Refiriéndose a lo que hace el Duque.)

MARQUÉS Pues, señor, ¿qué causa he dado?

CARDENIO ¡Ah, señora! ¿Otro suspiro?

¡Qué diferente te miro?

DUQUE A mi mesa habéis faltado.
A vos el mirar no os toca
por mi salud en mi mesa,
siendo a vos a quien más pesa
de que yo tenga tan poca... !

MARQUÉS Señor...

DUQUE ¡Y justo no fuera
acudir con mis criados
a cortarme los bocados
para que yo los comiera !...

DOROTEA (Estoy temblando de oillo.)

MARQUÉS He tardado sin querer.

DUQUE Mas dejástelo de hacer
porque no os corte el cuchillo.

MARQUÉS ¡Cielo ! (Rabioso y avergonzado al oirse el insulto.)

CARDENIO (A Lucinda.) Si con tantas veras
sientes y lloras el daño
que te ofrece el desengaño,
¿a ser engaño, qué hicieras?
Por eso, cuando a caballo
te parecí caballero,
y en tu servicio el primero
desalentaba el caballo... ;
cuando lucieron mis alas
de tus vistosos colores,
y añadieron tus favores
al corazón otras galas... ;
como lo que soy sabía
y a quien eres aspiraba,
en mi pretensión me helaba
y en tu fuego me encendía.
Perdoná, y si lo pasado
te ofende tanto, iré yo
a enterrarme, donde oró
el padre que me ha engendrado.

DUQUE Comed, Marqués, que ya es hora,
y al valor daréis caudal
si coméis de un animal
que mató Cardenio ágora.

(Vanse el Duque y sus criados.)

ESCENA IX

Dichos menos DUQUE y CRIADOS.

LISARDO Mi hijo, dame la mano.
(Queriendo besarle la mano al Marqués.)
MARQUÉS ¡Pluguiera a Dios que lo fuera,
para que así no sintiera
tratarme como a villano!
LISARDO ¡Ay, hijo del alma mía!
MARQUÉS Perdona, Lisardo, y presto
déjame sólo este puesto.
LISARDO Dios quede en tu compañía. (Vase.)

ESCENA X

Dichos menos LISARDO.

Salen Dorotea y Lucinda de donde estaban escondidas. Dorotea, a una parte, está hablando con el Marqués, y a la otra, Lucinda con Cardenio.

DOROTEA ¡Gracias a Dios que se han ido!
MARQUÉS La palabra que me has dado...
DOROTEA Pues hasta agora he esperado,
bien mi palabra he cumplido.
CARDENIO Háblame, o si estás tan fiera,
mátame con este acero.
(Se arrodilla y le da la daga a Lucinda.)
LUCINDA A ser tan duro y tan fiero
mi corazón, yo lo hiciera.
Levanta, y goza la palma
de mi amor favorecida,
que yo te debo la vida
y te pago con el alma.
Si cuando te vi, supiera
de tu humilde nacimiento,
culpara mi pensamiento
si por libre te quisiera;
pero, pues quiso mi suerte
que tan engañada he sido,
ya del haberte querido

no es remedio el no quererte.
Y así, aunque de mí se arguya
bien o mal, en paz o en guerra,
como hijo de la tierra
serás mío y seré tuya.
No me culpes si he llorado
y dudado: que no fuera
honrada si no tuviera
este sentimiento honrado;
porque yo quisiera aquí,
por no ofender mi nobleza,
trocar tu naturaleza,
pero no dejarte a ti.

CARDENIO Lo que te viere pisar
con la boca he de barrer.

LUCINDA ¡Quién gozara este placer
sin sentir este pesar!

(Vanse Lucinda y Cardenio.)

ESCENA XI

DOROTEA Y MARQUÉS.

DOROTEA Déjame ir.

MARQUÉS ¡Por Dios te pido
que no aumentes mi cuidado!

DOROTEA Basta lo que me has mandado,
basta lo que te he servido;
ya me obligaba tu amor
a seguir tu voluntad;
y aquella severidad
que vi al Duque, mi señor;
aquel altivo recato,
aquel mohino despecho,
la soberbia de aquel pecho,
la aspereza de aquel trato;
aquel semblante feroz,
aquel descubrir de enojos,
aquel reñir con los ojos
primero que con la voz;
aquel pasear, mirando
a los que le están sirviendo,

y estarle todos temiendo,
mirarle todos temblando;
al ver a sus asperezas
asistir mil caballeros,
no tan sólo sin sombreros,
mas pienso que sin cabezas;
al ver que te recibía
y no sólo no abrazaba,
más de suerte te miraba
que entendí que te comía...
me mudan de parecer
y me matan de temor.
¡Si esto es ser grandes, Señor,
muy pequeña quiero ser!
Déjame entre mis pastores
tratar con trato grosero
del cabrito, del cordero,
y de otras cosas menores.
Y hacer un tiro acertado
si al monte voy a cazar:
(que es gran gusto el acertar
sin miedo de haber errado.)
Volverme a casa temprano
con la perdiz o el conejo,
y dar vida a un pobre viejo
con lo que mata mi mano;
donde con amor profundo
me recibe entre sus brazos,
y estimo más sus abrazos
que ser señora del mundo.
Y este desvío que lloro,
porque en ti le considero,
no es decir que no te quiero;
no es decir que no te adoro;
mas es mi naturaleza
tan villana, por ser mía,
que estimo mi villanía
y me espanta tu nobleza.
Y así el alma, que te adora,
quisiera, a estar en mi mano,
el hacerte a ti villano,
más que hacerme a mí señora.

Adiós.

MARQUÉS ¿Pues así te vas?

(La coge de la mano.)

DOROTEA Suelta la mano, Marqués.

MARQUÉS Sin que palabra me des
de ser mía, no te irás.

DOROTEA ¡ Déjame !

MARQUÉS Dasme la muerte.
Espera.

DOROTEA No he de esperarte :
que si me paro a mirarte
no podré dejar de verte.
¡ Suelta !

MARQUÉS ¡ Terrible desdén,
quiero probar si te allano
teniendo el trato, villano,
si ese te parece bien !
A mi dolor, que es profundo,
daré remedio o consuelo.

DOROTEA (Alzando la voz.)
¡ Pondré la voz en el cielo
para que la escuche el mundo !

(El Marqués sujeta a Dorotea, a lo que ella se resiste.)

ESCENA XII

Dichos, DON QUIJOTE y SANCHO PANZA.

QUIJOTE (Desde dentro a grandes voces.)
Date priesa a caminar,
que es la voz, al parecer,
de alguna flaca mujer
que en gran cuita debe estar.
Corre, Sancho ; ataja, ataja,
verás qué es ser caballero.

(Sale don Quijote, derecha, en Rocinante, y vestido como le pintan en su libro.)

Apearéme, no quiero
acometer con ventaja.

(Baja del caballo en el fondo de la escena.)

Ten la rienda a Rocinante.

(Sancho, con el caballo, desaparece por el último término izquierda.)

¿A tan fermosa doncella (Al Marqués.)
faceis tuerto? Arredraos della,
caballero mal andante!

MARQUÉS Si estás loco, estoy sin seso
yo también: vuélvete en paz.

QUIJOTE Tú eres el sandio, incapaz
de la Orden que profeso.

DOROTEA (Con tan bravo defensor
riera, si no llorara.)

MARQUÉS (De su locura gustara
a no estar loco de amor.)

QUIJOTE Caballero andante soy
tan bueno como Amadís,
el del Febo y Belianís.
Con bravo coraje estoy,
y busco las aventuras
y desfago los agravios;
y he de defacer los labios
que sandeces y locuras
han fablado.

MARQUÉS Si mis pajes
te han visto, guardarte puedes.

QUIJOTE Pues agora lo veredes,
que esto mismo dijo Agrájes.

(Desenvainando la espada.)

¡Ea, follón, sacad la espada,
y a fuer de buen español,
partiré entretanto el sol
de la primer cuchillada!

(Aparecen por el foro algunos criados del Marqués, con estacas.)

DOROTEA Guárdate, señor, de un loco. (Al Marqués.)

MARQUÉS ¡Que hasta los locos sean malos
para mí!... Matadle a palos.

(A los criados, que la emprenden a palos con don Quijote.)

QUIJOTE ¡Malandrines, poco a poco!
Pues ¿cómo, sin ser armados
caballeros me ofendéis?

MARQUÉS ¡Hermosos pies, no voléis,

que os alcanzan mis cuidados!

(Por Dorotea, que ha marchado por la izquierda. Tras ella el Marqués y los criados.)

ESCENA XIII

DON QUIJOTE; luego DUQUE y TRES CRIADOS.

QUIJOTE ¡La andante caballería
violásteis de esta suerte;
mas fará mi brazo fuerte
castigo en tal villanía! (Pausa.)
¡Muerto me has, gigante fiero,
con tu maza gigantea!... (Pausa.)
¡Mi señora Dulcinea,
a éste vuestro caballero
en esta cuita ayudad,
pues sois en el mundo sola!

DUQUE (Dentro.) ¿Qué voces son estas?... ¡Hola!

(Sale por el fondo con los criados, sin fijarse en don Quijote.)

CRIADO 1 El Marqués corre.

DUQUE ¡Volad!

CRIADO 2 Y tres hombres van tras él.

DUQUE ¡Corramos todos tras ellos.

CRIADO 3 ¡Aquí, aquí!... ¡A ellos, a ellos!

(Vanse el Duque y criados.)

QUIJOTE ¡Ah, don Carloto cruel!

ESCENA XIV

DON QUIJOTE y SANCHO PANZA, que sale temblando.

SANCHO ¡Qué vocinglero rumor!
Aquí mi vida aventuro.
¿A dónde estaré seguro,
don Quijote, mi señor?
¡Socorro, que estoy mortal!
¡Válgame tu valentía!

QUIJOTE ¿Dónde estás, señora mía,
que no te duele mi mal?

SANCHO ¿A dónde te escucho hablar

palabras despavoridas?

(Oyendo los gemidos de don Quijote, pero sin verlo.)

QUIJOTE ¡De mis pequeñas heridas
compasión sueles tomar!

SANCHO (Viéndolo.)
¡Oh, malhaya! ¿Quién te hirió?

QUIJOTE Non lloredes, mi escudero.

SANCHO ¡Mi don Quijote, yo muero!...

QUIJOTE No soy don Quijote yo. (Enfadado.)
Soy uno de los sobrinos
del Marqués, que fué a buscar
a las orillas del mar
la casa: soy Baldovinos.

SANCHO ¡Don Quijote me pareces,
aunque estás tan mal parado!

QUIJOTE ¡Cómo vives engañado!
¿No te he dicho muchas veces,
que en nuestra Caballería
andantesca hay muchas cosas
que, encantadas y espantosas,
se transforman cada día?
Tal vez verás una rana
u otra cosa semejante,
que hoy se convierte en gigante
y en galápago mañana.
Así yo, por los malinos
encantos de aquel garrote,
si era sano don Quijote,
soy ferido, Baldovinos.
¿No ves el monte intrincado
de zarzas, matas y breñas?
¿No ves robres, no ves peñas,
y no me ves a mí echado?
¿No ves mi herida mortal?
¿No me oíste, que decía:
«Dónde estás, señora mía,
que no te duele mi mal?»
Pues, si como estaba estoy,
y como él me oyes quejar,
¿qué necio no ha de pensar
que Baldovinos no soy?

SANCHO Es así: habreme trocado
yo también.
QUIJOTE Sí, majadero.
SANCHO ¿Y quién soy?
QUIJOTE El escudero
de este Infante mal logrado.
SANCHO ¡Tu muerte quiero llorar, (Lloriqueando.)
Baldovinos, mi señor! (Pausa.)
QUIJOTE Ve a buscar un confesor
que me quiera confesar.

ESCENA XV

Dichos, el CURA y el BARBERO.

SANCHO Iré luego, aunque me pese...
¿No es el Barbero y el Cura?
Y tienes, por gran ventura,
quien te cure y te confiese.
CURA ¡Extraño suceso!
BARBERO Extraño.
¿Y tu amo?
SANCHO Herido está,
y Baldovinos es ya.
QUIJOTE ¿A dónde está el ermitaño?
CURA (Acercándose a don Quijote.)
¡En esto parado han,
Quijada, tus desatinos!...
QUIJOTE ¡Oh, mi primo Montesinos!
¡Oh, infante don Merian!

ESCENA XVI

Dichos, el DUQUE y CRIADOS.

CRIADO 1 Mandólo el Marqués. (Contestando al Duque.)
DUQUE (A los criados.) Tampoco
era justo. ¿Dónde está?
CRIADO 2 ¡El Duque! Haceos allá.
(A Sancho, el Cura y el Barbero.)
Es un loco. (Al Duque.)
DUQUE Pues si es loco,

¿para qué le hicieron mal?
¿De dónde salió? ¿Quién es?
(Avanzando al proscenio.)

QUIJOTE (Al Duque, que se le acerca.)
¡De Mántua, noble Marqués!
¡Oh, mi buen tío carnal!

DUQUE ¡Váleme Dios!

BARBERO (Al Duque.) Con razón,
señor, os maravillais
de verle tal; si la causa
quereis saber, escuchad.

QUIJOTE Hame muerto don Carloto
a traición, por se casar
con Sevilla—¡ay, bella Infanta!—
que es mi mujer natural.

CURA Para que te deje oir,
¿no te quieres confesar,
Baldovinos?

DUQUE (A don Quijote.) Sí, sobrino...

QUIJOTE Buen ermitaño, llegad.

DUQUE (Gana me da de reir,
aunque es más justo llorar.)

QUIJOTE Yo me acuso... (En voz alta.)

CURA Proseguid:
acusaos quedo.

QUIJOTE Ya va.
(Forman dos grupos, según se desprende del diálogo.)

BARBERO Este, aunque pobre, es hidalgo
de conocido solar;
y tomando su desdicha
por medio a su soledad,
obligóle a que leyese
del sol a la luna, y más,
en estos libros, que llenos
de disparates están:
donde van como los vientos,
cuando a algún socorro van
los navíos por la tierra,
y los montes por la mar;
donde un tajo o un revés
suele en los aires cortar,
nó un cabello, diez gigantes,

que hacen de sangre un lagar.

QUIJOTE (Siguiendo su confesión.)
Que, llorando una doncella,
fuí perezoso en llegar
a socorrella.

CURA ¡Gran culpa!
Pues otra vez no lo hagais.

BARBERO Desvanecióse de modo,
creyendo que eran verdad
tan negras caballerías,
que de juicio incapaz,
y tomando de su abuelo
aquel peto y espaldar,
y aplicándole celada
que tan conforme le está,
a este villano, tan tosco
como simple, hizo ensillar
un rocín, cuyo pellejo
llenan sus huesos no más;
y armado y puesto a caballo,
salió de nuestro lugar.
Y el cura y yo le seguimos
por lástima y amistad.

QUIJOTE (Siguiendo la confesión.)
Que temí un fiero gigante
y me quise retirar,
aunque después le maté.

CURA Otra vez no le temáis.

BARBERO Buscando las aventuras
iba, sin considerar
que los que las buscan menos,
las suelen más presto hallar.
Como su nombre es Quijada
y es manchego natural,
don Quijote de la Mancha
agora se hace llamar;
y Rocinante al caballo;
y todo por imitar
la andante Caballería
que por los cascos le va.

QUIJOTE (Siguiendo la confesión.)
Que de estos palos, que siento,

venganza quise tomar.

CURA ¿Perdonáislos?

QUIJOTE Sí, perdono,
aunque se me hace de mal.

CURA (Dándole la bendición.)
Pues yo os doy en penitencia,
que a vuestra casa os volvais;
no saliendo un punto de èlla
sin mi gusto.

QUIJOTE Bien está.

CURA Seguille el humor a un loco (Al Duque.)
le suele a veces curar.

DUQUE ¡Es suceso tan extraño,
que no se ha visto jamás!
¿Quién no quema tales libros?

CURA Ya por mi mano lo están.

DUQUE Bien habeis hecho, vengando
injurias de la verdad.

QUIJOTE Abrazadme agora, tío;
y este abrazo le llevad
a mi esposa. ¿No lo haréis?

DUQUE Sí, sobrino. (¡Hay cosa igual!)
A mi tienda le llevamos,
donde se podrá curar,
sino el seso, las heridas.
¡Hola, en brazos le llevad! (A los criados.)

SANCHO ¿Mi señor?...

QUIJOTE ¡Oh, mi Escudero,
molido el cuerpo me han!
¡Oh reina doña Ermelinda,
vuestro hijo cuál está!
¡Ay Sevilla, Infanta bella,
ya me llevan a enterrar!
¡Hasta el día del juicio
ya no nos veremos más!
(Llévanse los criados en hombros a don Quijote.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala en el palacio del Duque.

ESCENA PRIMERA

MARQUÉS y un CRIADO. Sale el Marqués rasgando un billete.

MARQUÉS ¡Qué afligir, con enfadar!
Ya, pues esto se me ofrece,
no me tengo de espantar,
si una mujer que aborrece
es constante en desdeñar.
Cuando me vi desdeñado
no estuve tan afligido;
que dan más pena y cuidado
quejas de lo aborrecido,
que desdenes de lo amado.
¿Qué me quiere esta pastora?
CRIADO Que la engañaste, decía.
MARQUÉS ¿Quién no engaña si enamora?
CRIADO Tiernos suspiros envía
y amargas lágrimas llora.
Por los montes y los llanos
tendió la voz y los ojos
como soles soberanos;
dijo sus negros enojos
y torció sus blancas manos;
y entre paciencia y despecho
cruzó en el pecho los brazos.
MARQUÉS ¡Poco importa cuánto ha hecho,
si otros ojos a pedazos
me la arrancaron del pecho! (Vase criado.)

ESCENA II

MARQUÉS y CARDENIO, por el fondo.

MARQUÉS ¡Hola, Cardenio!
CARDENIO ¿Señor?...
MARQUÉS Pienso que habré menester
tu consejo y tu favor.
CARDENIO Luego puedes disponer
de mi vida y de mi honor.
MARQUÉS Ya tú sabes el desdén
con que trató Dorotea
mi loco amor.
CARDENIO ¡Se lo bien!
MARQUÉS Que se abrasa quien desea
debes de saber también.
Pues yo, que abrasar me ví,
palabra mezclada en fuego
de ser su esposo la di;
tomóla, gocela, y luego
la olvidé y la aborrecí.
CARDENIO Eso es muy propio de amor
que se funda en apetito.
MARQUÉS Y hale ayudado el rigor
con que muero y solicito
otro esperado favor.
De dos damas los amores
me ofrecen varios desvelos:
que con ternezas y duelos
ésta me niega favores
y aquélla me pide celos.
Y tú, para consolarme,
en lo uno has de valerme
y en lo otro aconsejarme.
CARDENIO En todo puedes mandarme...
(y en todo temo el perderme.)
MARQUÉS ¿De no cumplir en rigor
mi palabra, qué redunda?
Siendo en mí mengua...
CARDENIO Señor,
sobre su palabra funda,
el que es honrado, su honor.

Siempre el cumplilla es razón:
porque su honor amancilla
y desdora su opinión;
siendo indicio, el no cumplilla,
de que el dalla fué traición.

MARQUÉS Y si en el cumplilla, halla
inconvenientes también
de su honor, ¿puede escusalla?

CARDENIO Eso, señor, fuera bien
que considerara al dalla.

MARQUÉS ¿Si no lo consideró?...

CARDENIO Esta ley es muy severa...

MARQUÉS Pues ¿he de casarme yo
con una villana?

CARDENIO ¡No
digo tal, ni Dios lo quiera!

MARQUÉS Pues ¿qué haré? ¡Son espantosas
mis desdichas!

CARDENIO No te asombres;
porque, en dudas tan forzosas,
discursos tienen los hombres
y medios tienen las cosas.
El padre de esta serrana
tiene de hacienda un tesoro
y más que un tesoro gana,
convirtiendo en plata y oro
vino, aceite, queso y lana.
Sus espaciosos sembrados
le dan trigo a manos llenas;
tiene llenos y poblados,
los montes, de sus colmenas,
los campos, de sus ganados.
Y ella, cuando el viejo muera,
de toda su hacienda es,
por ser única, heredera.
¿Que fuera corto interés
si en belleza no lo fuera?
Mas, a su ser soberano
tanto interés añadido,
imagino que hará llano,
el poder dalle marido
con su gusto y de tu mano.

Y esto con ella tratado,
si quiere libre dejar
la palabra que le has dado,
entonces podrás quedar
contento y desobligado.

MARQUÉS El consejo que me das
con extremo me agradó:
Cardenio, obligado me has;
y ansí, pues no tengo yo
ninguno a quien quiera más,
para que puedas tener
con gusto, hermosura y oro,
mi Cardenio, tú has de ser
el que gaste ese tesoro
y el que goce esa mujer.

CARDENIO ¡Cómo, señor! (¡De corrido
como sin alma he quedado!)

MARQUÉS (No responde, hase ofendido:
este revienta de honrado.)

CARDENIO. Callando te he respondido.

MARQUÉS ¿De qué te afliges?

CARDENIO De ver
que contigo no aproveche:
el haberme dado el ser
la que a ti te dió la leche
que yo te dejé al nacer;
ni el regalo y el amor
con que doce años honraste
la casa de un labrador,
donde engañado pensaste
ser yo tu hermano mayor;
ni haberte después servido
otros tantos de criado...
para haber de mí pensado
que el no ser tan bien nacido
me quita el ser tan honrado!
Si nací (nunca naciera)
bajamente, Dios lo ha hecho;
que si en mi mano me hiciera
o naciera de mi pecho,
ninguno más bueno fuera.
Pero, aunque baja la vida,

tengo el alma tan honrada,
que es de mí tan estimada
esta nobleza adquirida,
como la tuya heredada.
Piensa, pues, que este valor
más que tu ejemplo se apura,
que ni la luz, ni el calor,
me dan oro, ni hermosura,
ni siendo el sol de mi honor.
Y perdona el sentimiento
que en tu presencia he mostrado.

MARQUÉS Tan honrado pensamiento
¿cómo puede ser culpado?
Tú me perdona el intento
de ofrecerte cosas mías:
como ví que la alababas
y su hacienda encarecías,
creí que la codiciabas
y entendí que la querías.
Con otro la he de casar,
porque así más libre pueda
pretender y conquistar
a aquel ángel.

CARDENIO (¡Aún me queda
otro trago que pasar!)

MARQUÉS Quiero, Cardenio, a una dama
bella, rica, principal,
de buen gusto y mejor fama.

CARDENIO ¿Será tu igual?

MARQUÉS No es mi igual
en el estado.

CARDENIO ¿Y se llama?...
(¿Qué pregunto?)

MARQUÉS En la nobleza
me iguala.

CARDENIO (¡Duros enojos!
¡Qué sospecha y qué certeza!)

ESCENA III

Dichos, LUCINDA, con escuderos.

MARQUÉS Pero ya, puesta a mis ojos,

me deslumbra su belleza.

CARDENIO (¡Qué miro! ¡Si estoy dormido!
¿Qué hielo es éste? ¿Qué encanto
en piedra me ha convertido?
Pero no sintiera tanto
si algo de esto hubiera sido.)

MARQUÉS ¿No es bella? ¿No es milagrosa?

LUCINDA (Muerta me tiene el cuidado:
¡que soy tan poco dichosa!)

CARDENIO (¡Que haya hombre tan desdichado!)

MARQUÉS (¡Que haya mujer tan hermosa!)

LUCINDA (¡Son Cardenio y el Marqués!
Mejor mi gloria y mi pena
les hubiera dicho; pues
el uno mi muerte ordena
y el otro mi vida es.
¡Qué triste está, qué afligido!
¡Se adivina mi cuidado!...
¡Oh, mi desdicha ha sabido!)

MARQUÉS (¡O mis ojos han cegado,
o mis cielos han llovido!)

(Saluda el Marqués a Lucinda y quiere acompañarla.)

LUCINDA No pienso pasar de aquí.

MARQUÉS No acompañarte sería
disparate.

LUCINDA No nací
para tan gran compañía:
Cardenio me basta a mí.

MARQUÉS (Sóbrame a mí esa razón
para saber que le quieres.)

CARDENIO (¡Ay, gloria del corazón!)

MARQUÉS (¡Si en escoger las mujeres
son lobas, qué lobas son!)

(Hace Lucinda como que tropieza, y al tenerse en Cardenio, dale un lienzo, y en él atado un billete.)

LUCINDA ¡Jesús!

MARQUÉS ¿Habéis tropezado?

LUCINDA No sé en qué.

MARQUÉS ¿No está, por dicha,
llano cuanto habéis pisado?

LUCINDA (No es tan llano mi cuidado.)

CARDENIO (Y es un monte mi desdicha.)

MARQUÉS ¡No veo a donde poder
tropezar en esta pieza!
LUCINDA En mí misma pudo ser.
MARQUÉS Quien en sí misma tropieza
en algo quiere caer.
LUCINDA Cuando yo caer quisiera
consiguiendo algunos fines,
no soy mujer que cayera
tropezando en mis chapines,
que es caída muy ligera.
Que aunque ellos ligeros son,
es tan pesado mi seso,
que tropiezo en la ocasión
de cosas de mucho peso,
y caigo en la que es razón.
MARQUÉS Pues que también tropezais,
sumad bien vuestro valor
porque en la cuenta caigais.
LUCINDA Pues que corre por mi honor,
sí haré.
CARDENIO (¡Mis males contais!)
LUCINDA ¡Ah, señor!...
MARQUÉS No es bien mandar,
que quede...
LUCINDA Ni porfiaros.
MARQUÉS Cardenio se ha de quedar:
tocaráme el levantaros
si volveis a tropezar.

(Vanse Marqués y Lucinda.)

ESCENA IV

CARDENIO.

¿Yo, cielo, en qué he tropezado?
¿No estaba sobre la luna?
¿Dónde estoy? ¡Mas he quedado
con un golpe de fortuna,
sin tropezar, derribado!
Lucinda, ¿en qué han de parar
estas dudas y estas quejas?
Todo es temer y dudar;

pero, pues lienzo me dejas,
bien sabes que he de llorar.

(Reconoce el pañuelo.)

¿No es este ñudo? ¡Un papel
tiene atado! Ya no es tanta
mi pena, con ser cruel;
el que tengo en la garganta
pienso desatar con él. (Lee el papel.)
«Como sabes, el Marqués ha dado en perseguirme; y de haber hablado con mi padre resulta el partirme con él a una de sus aldeas. Por avisarte de esto tomé ocasión de venir a despedirme de mi señora la Duquesa, y probar si este papel será tan dichoso, como yo desdichada; que no es poco, siendo tuya: *Lucinda.*»
¿Es congoja, es maldición
la que me aflige y alcanza?
¿Qué tengo en el corazón?
Si es de muerte la esperanza,
¿los pesares de qué son?
¡Que aun temo males mayores
que el de esta afligible calma!
Si está, tras tantos rigores,
llena de penas el alma,
¿dónde cabrán los temores?
¡Revienten mi pecho luego
los que resultaren de ella!

ESCENA V

CARDENIO y el MARQUÉS.

MARQUÉS ¿Oye, Cardenio?...
CARDENIO (¡Estoy ciego!)
MARQUÉS Ya viste la causa bella
de este amor y de este fuego.
Pues quiero agora emplearte,
y he venido a prevenirte.
CARDENIO Yo, señor, para obligarte,
con lealtad he de servirte
y sin engaños tratarte.

Esa causa, que es tan fuerte,
ese cielo, esa hermosura,
lo fué de mi buena suerte,
lo es de mi desventura,
y lo será de mi muerte.
Seis años ha que la adoro,
y cinco de amor la debo,
que ha que la guardo el decoro;
a su valor no me atrevo
y mi nacimiento lloro.
Mas, después de haberle dado
en una ocasión dichosa
mi bajeza algún cuidado,
con su palabra de esposa
quedé contento y pagado.
Mas, señor, si con saber
esta dicha y esta pena,
para tu propia mujer
te pareciese que es buena,
quien mía la quiso ser...
me iré, por darte el lugar
que a ser dichoso tuviera,
donde me mate el pesar
en el monte alguna fiera,
o algún pescado en el mar.
O tú mismo saca fría
mi sangre que ardiendo está.

(Híncase de rodillas.)

MARQUÉS ¡Levanta, por vida mía!
Algo de eso imaginaba,
pero el todo no sabía.

CARDENIO En este verás más llano
esta desdicha que lloro.

(Dale el papel de Lucinda.)

MARQUÉS (¡No ha de gozar un villano
lo que con el alma adoro,
aunque le mate mi mano!)

(Lee el papel entre sí.)

CARDENIO (La fuerza de mi verdad
algo en mi favor ordena.
¡Guialde la voluntad,

cielo; y pues mirais mi pena,
por mi remedio mirad!)

MARQUÉS (¡Que éste pudo merecer
una mujer que es tan bella!
¿Cómo de tan bajo ser,
nació con tan buena estrella?
¿Quién le bendijo al nacer?
Estoy, sin más ocasión,
por hacer con este acero
maldito su corazón;
mas con un engaño, quiero
hurtalle la bendición.)
(A Cardenio.)
Cuando entre los dos no hubiera
obligación de hermandad,
es cierto, que ingrato fuera,
si, por sola tu verdad,
lo que pienso hacer, no hiciera.
A Lucinda has de gozar;
y por si su padre airado
te lo quisiere estorbar,
te diré lo que he tratado
y lo que pienso tratar.

CARDENIO Deja que bese tus pies
o lo que pisa tu planta.

MARQUÉS Levanta.

CARDENIO Que no me dés
la mano...

MARQUÉS Ya te levanta...
(¡por derribarte después!)
Ven y escucha.

CARDENIO Tu nobleza
de nuevo, señor, me ha hecho.
¡Tuerce tu naturaleza,
vil fortuna! ¡De mi pecho
aprende a tener firmeza! (Vanse.)

MUTACIÓN

Bosque. Casa de labradores a la derecha.

ESCENA VI

DOROTEA, por la casa.

Sosiego, ¿en qué ha de parar
el perderos y el buscaros?
En mil partes pienso hallaros
y en ninguna os puedo hallar.
¡Ay, Marqués! ¡fiero homicida!
¡si dejáras de obligarme!...
Mas quisiste no dejarme
para dejarme sin vida.
¡Tras tanto amor, tanto olvido!
¡Tras tanto bien, tanto mal!
¿Tú eres noble y principal?
¿Tú naciste bien nacido?
¡Verde hierba, fuente clara,
Sedme alfombra y sedme espejo!,
pero de vergüenza, dejo
de ver mi afrenta en mi cara.
Con todo, me estoy mirando;
porque, mis males sintiendo,
como me estoy afligiendo,
gusto de verme llorando.

ESCENA VII

DOROTEA, DON QUIJOTE y SANCHO PANZA. (Dorotea siéntase a la orilla de la fuente.)

QUIJOTE A un castillo hemos llegado.
SANCHO Casa, dirás.
QUIJOTE ¡Bueno es eso!
¡Por la Orden que profeso,
que me parece encantado!
A su puerta principal,
que es aquella, gran blasón:
las armas que tiene, son
de la Corona Imperial.
¡De muy altivo se precia
su dueño!
SANCHO ¡Que son pellejos

de liebres y de conejos !...

QUIJOTE Son las Aguilas de Grecia.
Esta es su puerta menor :
verde prado, fuente bella
la adornan, y una doncella...

DOROTEA (¡ No me dejarás, traidor !...)

QUIJOTE Sobre las hierbas sentada
está y llora : penas siente,
en la márgen de la fuente,
sobre el brazo recostada,
con la mayor hermosura
que vió el sol.

DOROTEA (¡ Cielo, yo muero !)

QUIJOTE ¡ Por la fe de Caballero
Andante, brava aventura !
Cristales y aljofar llora
sobre nieve y arrebol.
¡ Si ésta mujer no es el sol,
será del sol precursora !

SANCHO Huye... ¡ Ay, Dios !...

QUIJOTE ¡ Qué desatinos !

SANCHO ¡ Qué es, mi señor don Quijote,
precursora del garrote,
que te trocó en Baldovinos !

QUIJOTE ¿Pues, sandio, déjasme el lado?
¿Dónde mejor, sin temer,
fincarás?

SANCHO Mas quiero ser
gallina, que apaleado.

QUIJOTE ¡ Calla, necio ! Mira allí
si es que mirarlo deseas,
venir en dos acaneas
unas andas : ¿veslas?
(Señalando dentro como quien ve todo lo que marca el diálogo.)

SANCHO Sí.

QUIJOTE ¿Vés, que las guía un enano
con un azote?... ¡ Y qué feo !

SANCHO ¿Andas?... Mozo y mulas, veo.

QUIJOTE ¡ Tienes vista de villano !
¿No ves un viejo a caballo
con su escudero?...

SANCHO Sí a fe.
QUIJOTE ¿Y otro escudero de a pié
que tráe de rienda un caballo?...
¿Y otros a mula?...
SANCHO Eso es cierto.
QUIJOTE ¡Verás mi brazo pujante!
Que algún Caballero Andante
viene mal ferido... o muerto,
y no ha de poder sufrillo
mi coraje y mi valor.
SANCHO Ya se han parado, señor...
QUIJOTE Y a la puerta del castillo.
FIDENO ¿Dorotea? ¿Hija?... (Dentro.)
DOROTEA (¡Ay, cielo!
Mi padre me llama.)
FIDENO ¡Hola!
DOROTEA (Quien me quita el estar sola,
me quita todo el consuelo.) (Vase.)

ESCENA VIII

DON QUIJOTE y SANCHO PANZA.

SANCHO ¡Pardiez, como una granada
se abrió la litera!...
QUIJOTE En ella
se aparece una doncella
mal contenta...
SANCHO Y bien sentada.
Ya se apea el viejo.
QUIJOTE Y ya
caigo en lo que es: ¡Oh, traidor!
Es, sin duda, encantador,
y al castillo la traerá
encantada.
SANCHO Puede ser
tan grande bellaquería.
QUIJOTE ¡Oh, Andante Caballería,
qué de cosas me haces ver!
SANCHO Ya la llevan de la mano
hacia el castillo, y sus males
va llorando.

QUIJOTE A los umbrales
la recibe el Castellano.
SANCHO Ya el viejo vuelve a salir
en el caballo.
QUIJOTE Es ya Grifo,
o es de Astolfo el hipogrifo.
¿No le ves huyendo, ir
con alas en las ahijadas,
por esos aires volando
y espeso humo arrojando
por las narices cortadas?...
SANCHO Correr veo...
QUIJOTE ¡Eres un payo!
Para volar diligente,
lleva un cometa en la frente
y por cola tiene un rayo.
SANCHO ¿Y debajo de la cola
qué le ves?...
QUIJOTE Nada: ¿estás loco?
SANCHO Pues ni yo veo tampoco
toda esa otra carambola.
QUIJOTE Tú lo verás algún día;
que no les es permitido
a los que no han recibido
Orden de Caballería.
SANCHO ¿Al fin el viejo voló
en su Grifo?
QUIJOTE Y la doncella
que viste entrar por aquella,
por esta puerta salió.

ESCENA IX

Dichos, LUCINDA, DOROTEA, FIDENO y CRIADOS, por la casa.

FIDENO Al fresco estarás mejor. (A Lucinda.)
QUIJOTE ¡Oh, qué gallarda aventura!
¡Hoy has de ver mi locura!... (A Sancho.)
SANCHO Guarda el viejo encantador...
LUCINDA Adónde quiera estaré.
DOROTEA Que estás sin gusto, imagino.
LUCINDA (Aparte a un criado.)
Espérale en el camino,

y aquí le guía.

CRIADO Sí haré. (Vase.)

FIDENO De que se fuese me pesa
tu padre de aquella suerte.

LUCINDA (Por ir a darme la muerte,
se partió con tanta priesa.).
Mareóme la litera...
¡ Pluguiera a Dios me matara !
y quiso que descansara
en tu casa.

FIDENO Toda entera
está a tu servicio.

LUCINDA (A Dorotea.) ¡ Dios
te guarde !

DOROTEA Señora mía,
¿qué tienes?

LUCINDA Yo lo diría
a estar a solas las dos.

QUIJOTE Que me detengo sospecho.

LUCINDA ¡ Jesús, qué extraña figura !

QUIJOTE ¡ Si a la vuestra fermosura
alguna fuerza le han fecho !...
(Adelantando.)

LUCINDA ¡ Risa me pudo causar !

DOROTEA Es ordinario el venir
una ocasión de reir,
cuando hay muchas de llorar.

QUIJOTE Suspended un poco el llanto...
Decí a quien vos atiende,
si algún tuerto vos ofende,
o si os liga algún encanto ;
que mis fuerzas vos dirán
si soy Gradaso en lo fiero,
en lo gallardo Rugero,
y en lo encantado Roldán.
No existe gigante o mago,
ni los hechizos de Alcina,
ni el jardín de Falerina,
ni serpiente, ni Endriago
que no venza.

SANCHO Yo testigo :
que, soñando, a cada paso

vence a ese Magro, a ese Graso,
y a ese Ronglán.

QUIJOTE — Yo no os digo...
¿Quién en eso ha metido,
escudero mal criado?

LUCINDA — ¡Bravo, escudero!

DOROTEA — ¡Extremado!

FIDENO — Un poco te has divertido.

LUCINDA — Es mi pasión importuna.

QUIJOTE — ¿No me queréis responder?

LUCINDA — ¿Tenéis vos algún poder
contra golpes de fortuna?

SANCHO — Si no los dá con garrote,
sí tendrá.

QUIJOTE — ¿Qué has dicho? Calla.

SANCHO — Que eso, y mucho más, se halla
en mi señor don Quijote.
Es muy tieso, es muy robusto.

QUIJOTE — A serviros me prefiero.

LUCINDA — ¡Dios os guarde, Caballero!

FIDENO — ¡Rico humor!

LUCINDA — Y poco gusto.

DOROTEA — ¿Ya te cansas de escucharle?

LUCINDA — ¡Tales mis cuidados son!...
Quiero con esta ocasión
despedirle y no enojarle.
Lo que a mí me da cuidado
es, que viniendo de noche
mis doncellas en un coche,
en el camino han quedado;
y acompañándolas vos...

QUIJOTE — ¿Manda la vuestra merced
que vaya?...

LUCINDA — Hareísme merced.

QUIJOTE — ¡Pues, a la mano de Dios!
Apercibe a Rocinante...

SANCHO — A un árbol lo dejé atado.

QUIJOTE — Enlaza el yelmo encantado.

FIDENO — ¡Bravo, Caballero Andante!

(Pónele Sancho la celada a don Quijote y vanse los dos.)

ESCENA X

Dichos, menos DON QUIJOTE y SANCHO.

LUCINDA ¡Ay, Dorotea!
DOROTEA ¿Qué tienes,
que son tus congojas tales?
LUCINDA Mucha posesión de males,
poca esperanza de bienes.
A casarme me obligó
mi padre, y quiere, cruel,
que elija al que quiere él
y olvide al que quiero yo.
No es mucho, pues, congojarme,
si espero, para perderme,
al uno que ha de valerme
y al otro que ha de matarme.
(Salen el Marqués, de camino, y el criado que envió Lucinda por él.)

ESCENA XI

Dichos, el MARQUÉS y CRIADO.

CRIADO Donde mandó te he traído.
MARQUÉS ¡Qué miro! Lleguemos, pues.
FIDENO (¿En esta parte el Marqués?)
Seais, señor, muy bien venido.
DOROTEA (¡Qué venga en esta ocasión!...
¡Oh, traidor, en qué me pones!)
LUCINDA (Guía el cielo mis razones,
pues ve que tengo razón.)
Hablar con vueseñoría
deseo.
MARQUÉS Vengo a serviros.
DOROTEA (¡Ay, fortuna, de tus tiros
es terrero el alma mía!
Con la muerte es bien que luche.)
LUCINDA (En parte quiero que sea,
que quien quisiera lo vea
y que ninguno lo escuche.)
(Apártanse a un lado el Marqués y Lucinda.)

DOROTEA (Este el valedor ha sido,
este el amante y amado:
otro será el despreciado
y este será el escogido.
¡Y yo soy la desdichada,
la burlada, la infelice,
que le ruega, que le dice,
ya afligida y ya turbada:
¡Ah, traidor!)

LUCINDA Señor, repara,
tras ver que no te merezco,
en saber... que te aborrezco;
y te lo digo en la cara.

MARQUÉS Por otro me has despreciado
tan bajamente nacido,
que por dicha ha merecido
el ser de mí tan honrado!

LUCINDA Siendo príncipe, ¿eres hombre
de tan bajo proceder,
que a tan humilde mujer
de tuya le dés el nombre?
Mira el lloroso semblante
de esta mujer desdichada,
que hace agora, por honrada,
lo que debe por amante.

MARQUÉS Sosiéguense tus enojos:
basta y sobra lo que has hecho;
templa el abrasado pecho
y enjuga los tiernos ojos.
Ya Cardenio me ha contado
vuestro amor; y este camino
vengo, por ser su padrino,
y no a ser tu desposado.
Con Cardenio has de casar,
quiera tu padre o no quiera.

LUCINDA Besarte los pies quisiera.

MARQUÉS (Así la quiero engañar.)

DOROTEA (Pues que rogaba quejosa
y agradece satisfecha,
cierta salió mi sospecha
y mi desdicha forzosa.

LUCINDA Pues tanta merced me hacéis,

ya revive mi esperanza;
y con esta confianza
me aseguro.

MARQUÉS Bien podéis.

LUCINDA Pues yo me voy, porque es tarde,
donde mi padre me espera.

CRIADO Ya está en orden la litera.

MARQUÉS ¡Dios os guíe!

LUCINDA ¡Dios os guarde!

DOROTEA (¡Que esto mi desdicha ordena!)

MARQUÉS (¡Agora me abraso más!)

DOROTEA ¡Ya parece que te vas
con más gusto!)

LUCINDA Y menos pena.

(Vanse Lucinda y el criado.)

ESCENA XII

Dichos, menos LUCINDA y CRIADO.

DOROTEA (¡Y a mí un infierno me dejas
con tal desengaño, ah cielos!)

MARQUÉS (Mal podré con estos celos
satisfacer estas quejas.)

DOROTEA (¡Muerta estoy!)

MARQUÉS (¡Estoy temblando
de esta mujer, vive Dios!)

DOROTEA Solos quedamos los dos,
tú riendo y yo llorando.
Pues que fué tuyo el burlar
y ha de ser mío el morir,
a ti te toca reir
y a mí me toca llorar.

MARQUÉS (Huir quiero esta ocasión.)

DOROTEA ¿Váste, traidor?

MARQUÉS (No hay poder
resistir a una mujer;
y más, si tiene razón.)

DOROTEA Espera.

MARQUÉS Hablarte prometo;
mas no agora.

DOROTEA ¡Tente, ingrato!

MARQUÉS Mira el lugar...
DOROTEA No hay recato.
MARQUÉS Y tu padre...
DOROTEA No hay respeto.
¡Ah, traidor!
MARQUÉS ¿A tal te atreves?
DOROTEA ¿No hay piedad?
MARQUÉS ¿Qué solicitas?
¿No hay seso?
DOROTEA Tú me lo quitas.
MARQUÉS ¿No hay honor?
DOROTEA Tú me lo debes.
MARQUÉS Suelta; acaba. ¡Qué porfía!
DOROTEA ¿De mí huyes? Oye, advierte...
MARQUÉS Hase trocado la suerte,
que es tan mala, por ser mía. (Vase.)

ESCENA XIII

DOROTEA.

¡Ah, villano, yo estoy loca!
¡Ah, traidor, de ti reniego!
¡Abrásate el mismo fuego
que yo arrojo por la boca!
¡Niéguete el cielo la dicha
que esperan tus pretensiones!
¡Tropieza en mis maldiciones
y caerás en mi desdicha!
¡Mas, cruel, no has de burlarte;
seguirete a tu despecho;
pues de Lucinda en el pecho
será cierto el alcanzarte!

(En el momento que Dorotea va a salir, entran un Escudero, una Dueña y una Doncella, criadas de Lucinda, y don Quijote, que detiene a Dorotea.)

ESCENA XIV

DOROTEA, DON QUIJOTE, DUEÑA, DONCELLA y ESCUDERO

QUIJOTE ¿Dónde vas? ¡Que una mujer
traiga el seso tan oscuras!...

DOROTEA Tú conoces mis locuras,
¡qué grandes deben de ser!
QUIJOTE Dí tus cuitas cuales son
y déjame el cargo a mí.
DOROTEA Si el que fué huyendo de aquí,
que es un falso, es un ladrón,
—no sólo con fuerza y arte
pudo robarme, el traidor,
la prenda de más valor,
mas la empeña en otra parte,—
mientras sus pasos escucho,
¿para qué me detenéis?
¡Ay, mujeres, no fieis
de hombres que prometen mucho!
(Vase Dorotea, y don Quijote quiere ir tras ella, mas la Dueña le detiene.)

ESCENA XV

Dichos menos DOROTEA.

QUIJOTE ¡Muera el ladrón!
DUEÑA ¿Dónde vais,
señor Caballero Andante?
Para ser acompañante
sabeis poco y mal andais.
¿En las leyes no está escrito
de vuestra hidalga andadura,
que emprender una aventura,
andando en otra, es delito?
QUIJOTE Decís bien, fermosa dueña,
perdonad, que anduve errado.
DUEÑA ¿Hermosa que habéis llamado?
No es satisfacción pequeña.
QUIJOTE Aquí descansad, señoras,
mientras las cebras del coche
comen.
ESCUDERO Que de aquí a la noche
hay de día muchas horas.
DONCELLA Mal descansaré, si peno
de ofendida y de celosa.
¿En mi presencia fermosa

otra mujer? ¡Bueno... bueno!...

ESCUDERO La doncella, no es razón,
por la dueña habéis dejado.

QUIJOTE Es mi amor más regalado,
aunque no tan juguetón.
Yo se bien que Corisanda
regaló a don Florestán.

DUEÑA También te regalarán.

ESCUDERO Y entre sábanas de Holanda.

DONCELLA Al fin, ¿que ya no me quieres?

QUIJOTE ¿No tendrá fuerzas bastantes,
el que vence a diez gigantes
para querer dos mujeres?
Y más en esta ocasión...

ESCUDERO Tanta fuerza es menester,
que es más fácil el vencer
de gigantes un millón.
Animo el más valeroso
tienes, si a tal te dispones.

QUIJOTE Para aquestas ocasiones
soy Leandro el Animoso.

DONCELLA Pues seréislo para mí.
¿No sois Leandro?

QUIJOTE El de Abido.

DONCELLA ¡Qué mal me habéis conocido!
Ero soy.

QUIJOTE ¿Sois Ero?

DONCELLA Sí.

ESCUDERO Ella es Ero, no hay dudar.

DONCELLA Con mi Torre o Baluarte,
del estrecho a la otra parte.

DUEÑA ¿Y sabréisle vos pasar?

QUIJOTE Animo tengo y valor.
¡Cuando ancho y más ancho fuera!...

DUEÑA A ser eso, cierto fuera
que le pasarais mejor.

QUIJOTE Nadando, se navegar
como un barco el viento en popa.

ESCUDERO El saber guardar la ropa
es lo mejor del nadar.
Perdereis, si os anegais,
el pellejo.

QUIJOTE Iré a tu luz
con bala de arcabuz.
DUEÑA Si como plomo nadais,
grandes peligros correis,
si algún delfil no os socorre.
QUIJOTE Yo llegaré a vuestra Torre
si en ella una luz poneis.
DONCELLA Lo de la luz no os dé pena;
que no es mi suerte tan vil
que me niegue algún candil
que colgar de alguna almena.
QUIJOTE Ensayemos, qué diréis
cuando llegue a vuestros brazos
mojado y hecho pedazos.
DONCELLA Diréos cuando lleguéis,
—menos caliente, que fría
en tus mojados despojos:—
«¡Ay, Leandro de mis ojos!»
QUIJOTE ¡Ay, Ero del alma mía!
¿Y qué más me diréis vos?
DONCELLA Aun no lo tengo pensado.
QUIJOTE ¡Cuál llegaré de mojado!
ESCUDERO (¡Lindo loco, vive Dios!)
QUIJOTE Ya deseo, Ero hermosa,
por enseñarme a nadar,
comenzarme a desnudar.
DUEÑA ¡No nos faltaba otra cosa!
DONCELLA No, mi Leandro: no es justo
emplear vuestro valor
sino en mí sola.
QUIJOTE ¡El mi amor!
Seguir quiero vuestro gusto.
ESCUDERO Como se le pone aquí,
es Leandro... o Lanzarote.

ESCENA XVI

Dichos y SANCHO PANZA.

SANCHO ¡Ah, mi señor don Quijote!
QUIJOTE Sancho.
SANCHO ¡Reniego de mí!

QUIJOTE Vereisme hacer maravillas.
¿Es culebro o es gigante
lo que has visto?
SANCHO A Rocinante
le han bruñido las costillas
con el asta de un lanzón
en el campo. ¡Así en mal hora!...
QUIJOTE Dame licencia, señora.
DONCELLA Para eso sí es razón.
QUIJOTE Espera, atroz criatura.
¡Malandrin! ¡Villano! ¡Atiende!
(Vase seguido de Sancho.)
ESCUDERO ¡Luego lo empeña o lo vende!
DUEÑA ¡Extremada es su locura!
ESCUDERO Metámonos en el coche,
y ansí dejarle podremos:
que es muy tarde, no lleguemos
a vuestra casa de noche.
DUEÑA Vamos. ¡El loco es gracioso!
ESCUDERO Es mil veces extremado.
DONCELLA Sin ánimo me ha dejado
mi Leandro el Animoso. (Vanse.)

MUTACIÓN

Otro paisaje. Castillo en el fondo.

ESCENA XVII

LUCINDA, en la ventana.

¡Favor, cielo, en tanto daño;
porque ya en mí no se esfuerza
mi engaño para esta fuerza,
mi fuerza para este engaño!
Ya el falso trato he sabido
de mi padre y el Marqués;
y que el uno cruel es,
y el otro traidor ha sido.
Ya están todos los criados,
(aunque de verme, afligidos)
astutos, de prevenidos,
cobardes, de amenazados.
Por esta ventana quiero

(que abierta quiso dejarme)
o hablarle, o arrojarme,
si del todo desespero.
¡ No hay un alma ; que esto ordena
de mi desdicha el poder !
Pero aquí ¿cuál ha de haber,
sino alguna, que anda en pena?

(Sale Dorotea en hábito de labrador.)

ESCENA XVIII

LUCINDA y DOROTEA.

DOROTEA De esta suerte he de acabar
la vida a la pesadumbre :
el hábito he de mudar,
porque el amor me da lumbre
y me anima a mi vengar.
En esta casa imagino
que entró el Marqués, mi homicida ;
y, en aras de mi destino,
a quien me quita la vida
ser su vida determino.

LUCINDA Zagal amigo, ¿a dó vais?

DOROTEA (¡ Vos «amigo» me llamais !
¡ Mas yo soy la desdichada :
que enemiga no culpada
sois vos mía !) ¿Qué mandais?

LUCINDA Llégate presto : a mi pena
da remedio ; escucha, oye :
dí, ¿conoces a Cardenio?

DOROTEA ¿No es del Duque gentilhombre?

LUCINDA ¡ Pluguiera a Dios no lo fuera
para mis ojos entonces !
Así logres tus deseos,
así mil años te goces ;
no quiero decirte más,
porque el tiempo no se acorte.
Ponte al cuello esta cadena ;
mas es pesada, y si corres
para valerme, tus pies
dejarán de ser veloces.

Mas darete este diamante,
que en cualesquiera ocasiones,
queriendo emplearte, más
te aproveche, y no te estorbe.

DOROTEA Yo reparo...

LUCINDA No repares,
ni repliques, porque corren
gran riesgo mis esperanzas
si tú las dilatas. Oye:
Toma, toma este papel
medio escrito, abierto, y ponle
en las manos de Cardenio,
y dirásle que esta noche
me casan con el Marqués,
si luego no me socorren
sus brazos; pondreme en ellos.

DOROTEA Presto, presto.

LUCINDA Corre, corre.
Dile más... ¡estoy turbada!
que el Marqués...

DOROTEA No te acongojes,
que ya me acortan la vida
lo largo de tus razones.

LUCINDA Que mi padre y el Marqués
con pensamientos traidores
me trujeron engañada
(y el Marqués con trato doble)
no al lugar que me decían,
sino a esta casa, a esta torre,
que está en medio de estos llanos
y a la vista de estos montes.
Y a donde, si presto llega,
tengo una puerta, por donde
fiarme de su valor.

DOROTEA Presto, presto.

LUCINDA Corre, corre.
Lo mejor se me olvidaba...
¡Loca estoy!

DOROTEA No te acongojes;
acaba, que han de matarnos
a los dos tus dilaciones.

LUCINDA Dile que pondré una luz

en lo alto de esta torre,
porque, si de noche llega,
pueda servirle de norte.
Que si la viere encendida
que mis esperanzas logre;
mas que si muerta la ve,
que yo lo estoy, que perdone.
Habrame muerto este acero;
que me estime y no me llore,
y en peligro no se ponga.

DOROTEA Presto, presto.

LUCINDA Corre, corre.
No te vayas. Dile más:
¡muerta soy!

DOROTEA No te acongojes:
abrevia con tanta flema,
que me matas: no me ahogues.

LUCINDA Que no repare en privanzas
y que pague obligaciones;
no piense en las que un honrado
cuando se casa le corren.
Pues cuando falte piedad
en los pechos de los hombres,
para darnos una cueva,
entrañas tienen los montes.
Que allí estaré más contenta,
cuando mis ojos le gocen,
que si me hiciera señora.

DOROTEA Presto, presto.

LUCINDA Corre, corre.
Escucha: estoy temerosa,
amigo.

DOROTEA No me acongojes.
(¡Reniego de ti! Quien soy
estoy por decirle a voces.)

LUCINDA Como te hablé tan turbada,
¿hasme entendido? Responde;
porque temo no te olvides
de alguna cosa que importe,
y pierdas, por un descuido,
lo que granjeaste entonces.

DOROTEA No temas que tus palabras

de mi memoria las borre.
Alas me has puesto en los pies
y en el corazón azogue;
y haré, pues mi pecho es fuego,
que como rayo me arroje.

LUCINDA Mira, pues...

DOROTEA ¡No puedo más!

LUCINDA Corre.

DOROTEA Vuelo. (Vase.)

LUCINDA Corre, corre. (Vase.)

ESCENA XIX

DON QUIJOTE y SANCHO PANZA.

SANCHO Falta te hace Rocinante.

QUIJOTE Mal trecho fincó: a saber,
hubiérale fecho ver
que nació en luna menguante
el malandrín que le hirió.
Mas no le pude alcanzar,
en buena luna nació.

SANCHO ¡Es mundo al fin! ¡Quien creyera
que siendo, que no hay dudallo,
tan pacífico un caballo,
tal desgracia le viniera!

QUIJOTE ¡Pues veslo! Es rayo en la lid;
vale lo que pesa de oro;
en brillarse es un tesoro
como el caballo del Cid.

SANCHO Gran bondad debe tener,
y ejemplo a los otros da.
¡Sin hablar palabra, está
cuatro días sin comer!...

QUIJOTE Pues ¿ha de hablar un caballo,
majadero?

SANCHO Y en romance.

QUIJOTE ¡Bien estás!...

SANCHO Refiere el lance
un romance que me callo.
Y pues tan bien lo barruntas,
buen Panza, de aquí adelante
ya podrás a Rocinante

facerle algunas preguntas.

SANCHO Quizás fabla: yo he entendido
que es un rocín muy callado.

QUIJOTE ¡Que oscura noche ha llegado,
y Ero la luz no ha encendido!
¡Si se ha dormido!...

SANCHO ¡Pardiez,
no te entiendo, Don Quijote!

QUIJOTE Leandro soy.

SANCHO ¡Si es garrote
te transformas otra vez!...

QUIJOTE Calla. ¡Ay, Ero! ¡Ay, precursora!

SANCHO ¡Plegue a Dios que estos gigantes,
lo que te dieron por antes
no te den por postre agora!

QUIJOTE Eres tonto: hanme de dar
mucho bien.

SANCHO ¿Dónde has venido?

QUIJOTE Esta es la costa de Abido.
¿No ves como brama el mar?
Oye... escucha... ¡Pobres barcos,
que borrasca van pasando!

SANCHO Sólo escucho estar cantando
a las ranas de estos charcos.

QUIJOTE Los de baja condición
no alcanzan cosas grandiosas,
que siempre juzgan las cosas
al compás de lo que son.

SANCHO ¿Cómo es esto? ¿En qué manera?
¿No pisas el campo llano?
¿No viste un monte a esta mano,
antes que de noche fuera?
¿Pues hay quien aquesto borre?
¿Dónde hay costa? ¿Dónde hay mar?

QUIJOTE ¿Quiéreste desengañar?
Mira la luz en la torre.
¿Qué me dices? Satisfecho
estás con esto.

SANCHO Estoy loco.
¿Desnúdaste? Espera un poco...

QUIJOTE Quiero pasar el Estrecho.
¡Como un pece he de nadar

por llegar a mi alegría!
¡Oh, torre de Ero! ¡Oh, luz mía!
¡Ayúdame a desnudar!

SANCHO ¿Dónde está el agua?

QUIJOTE Tú estás
sin sentido, si eso dices.

SANCHO Y tú te harás las narices,
si en seco nadando vas.

QUIJOTE ¡Y tú no sabes nadar!

SANCHO A haber agua, sí sabría.

QUIJOTE ¡Oh, torre de Ero! ¡Oh, luz mía!
Ayúdame a desnudar.

SANCHO ¿Qué hacer quieres?

QUIJOTE Quiero irme
a ver mi Ero, nadando.

(Vase desnudando don Quijote.)

SANCHO ¡Oh! reniego... ¿Estás soñando?
¿Que no es esto tierra firme?

QUIJOTE Déjame.

SANCHO ¡Que tal me mandes!
¡Que te matas!... Bueno está.

(Don Quijote va nadando por el escenario como si estuviese dentro del agua.)

QUIJOTE Para tí tierra será
lo que para mí olas grandes.
¿No nado como una pluma?

SANCHO ¡Que te vas a despeñar!

QUIJOTE ¿No soplo?

SANCHO Debes soplar
el viento, mas no la espuma.
¡Guarda, que te harás pedazos!

QUIJOTE Mas yo debo de estar ciego.
¡Hermosa Ero, ya llego;
pero dame aquestos brazos! (Vase.)

(Nadando entra en el castillo.)

ESCENA XX

SANCHO PANZA, CARDENIO y DOROTEA vestida de hombre. Salen primer término izquierda.

SANCHO ¿No es gente? Esconderme quiero.

(Escóndese.)

DOROTEA El caballo has reventado.
SANCHO (¡El demonio me ha enseñado
ser andante caballero!)
DOROTEA Ya debemos de llegar.
CARDENIO Di que ha llegado mi muerte:
murió la luz.
DOROTEA Y es mi suerte
quien la debió de matar.
Quizá que por atizalla
la debieron de esconder.
CARDENIO Amigo, ¿no puede ser,
si pudo el viento matalla?
¿Corre viento? ¡Sin sentido
estoy! ¡Rigor temerario!
DOROTEA Fuera el viento más contrario
que nunca hubiera corrido.
CARDENIO ¡Por un minuto no más
dejaré de ser dichoso!
¡Ah, cielo, a todos piadoso!
¿cómo agora no lo estás?
DOROTEA (¡Desdichada soy!) Espera...
CARDENIO ¿Ves la luz?
DOROTEA Nada se ve;
algún relámpago fué.
CARDENIO ¡Ojalá que rayo fuera
que diera en mi corazón
y que acabara mis días;
pues todas las glorias mías
como relámpagos son!
(Aparece una DUEÑA en la ventana y da dos palmadas.)
DOROTEA ¿No son estas las paredes
de la torre, y no he sentido
una seña?
CARDENIO Cierto ha sido:
lleguemos.
DOROTEA Llegarte puedes.

ESCENA XXI

Dichos y DUEÑA en la puerta del castillo.

DUEÑA ¿Es Cardenio?

CARDENIO — El desdichado.
DUEÑA — ¿Cómo tan tarde has venido?
Un hombre bien merecido
por tu tardanza te has dado.
CARDENIO — No pude más.
DUEÑA — Aquí estuvo
esperando mi señora;
hasta que su padre agora
tan cruel y airado anduvo,
que casi por los cabellos
la subió a que se casara
con el Marqués.
DOROTEA — ¡Suerte avara!
CARDENIO — ¡Muerto estoy! ¡Ay, ojos bellos!
DUEÑA — Entra, que esta orden me dió.
CARDENIO — ¡Qué será, cielos, amigos!
DUEÑA — Y porque haya más testigos
entrará quien te llamó.
Presto.
DOROTEA — (¡Ay, hombres!)
CARDENIO — (¡Ay, mujeres!)
DUEÑA — Entra, amigo, confiado.
DOROTEA — Tu Marte tienes al lado
para cuanto hacer quisieres. (Vanse.)

MUTACIÓN

Salón en casa de Teodoro.

ESCENA XXII

MARQUÉS, TEODORO, Criados, Caballeros y Pajes. Luego LUCINDA, la DUEÑA y DONCELLA.

TEODORO — Perdona sus niñerías,
que es rapaza; hasta que venza
con el amor la vergüenza,
que será en bien pocos días.
Dile que salga a Lucinda,
que ya el Marqués ha venido.
(Salen Lucinda, la Dueña y Doncella.)
Mas ya viene.

MARQUÉS ¡Ya ha salido
como muchos cielos linda!
pero siempre disgustada:
¡ay tal rigor de mujer!
LUCINDA (¿Casamiento puede haber
donde hay voluntad forzada?
De hoy más, pues lo quiere ansí
quien de ofenderme se precia,
no habrá Porcia ni Lucrecia
donde me nombren a mí)

ESCENA XXIII

Dichos, CARDENIO y DOROTEA.

CARDENIO (¡Ay, soberana belleza!)
DOROTEA (¡Ay, infelice mujer!
¡Aquí mi muerte he de ver!)
CARDENIO (¿Esto es honra? ¿Esto es firmeza?
¿De esto vine a ser testigo?)
DOROTEA (¿En qué me has puesto, traidor?)
TEODORO Dale la mano.
LUCINDA Señor...
CARDENIO (¿Duda?)
DOROTEA (¡Teme!)
CARDENIO (¡Ay, cielo, amigo!)
Si la obligan mis amores
he de oir un no.)
DOROTEA (¡Ay de mí!
¡Si por no negar un sí
ha buscado valedores!)
TEODORO ¿En qué dudas?
LUCINDA Marqués, yo...
MARQUÉS Esta mujer es diamante.
CARDENIO (¡Acaba de ser constante!)
DOROTEA (¡Acaba... de decir no!...)
TEODORO Que he de matarte recelo.
¡Da la mano!
LUCINDA ¡Ay, desdichada!
Sí la doy, pero forzada;
¡pongo por testigo al cielo!
CARDENIO (¡Ay, Lucinda, que me has muerto!)
DOROTEA (¡Ay, Marqués, que me has perdido!)

ESCENA XXIV

Dichos, menos CARDENIO y DOROTEA.

LUCINDA ¡Jesús! (Desmayándose.)
MARQUÉS ¿De dónde han salido
dos voces con desconcierto?
TEODORO Llegad. ¡Cielo soberano!
¡En el pecho... ¡hay cosa igual!
tiene un papel... y un puñal
en la manga y en la mano!
MARQUÉS ¿Qué es eso?
LUCINDA (Volviendo en sí.) ¡Cobarde anduve,
que una herida no me dí
agora!... Mas ya perdí
la ocasión que entonces tuve.
¡En qué me pone esta exenta!
Ya no hay mal que no me rinda.
MARQUÉS ¡Esta villana Lucinda!...
¡Ya no hay desdén, sino afrenta!
¡He de quitarle vil vidas!
TEODORO ¿Qué te obliga? Aún es temprano...
LUCINDA ¡Mátame, que de tu mano
no he de llevar sino heridas!
MARQUÉS ¡Todo el cielo te destruya!
LUCINDA De mártir llevaré palma.
MARQUÉS Mas quiero matarte el alma,
que no es eterna la tuya;
y un villano he de matar,
ya de ofendido, feroz:
por donde salió su voz,
mi espada tiene de entrar.
TEODORO ¡Respeta un poco mis canas;
mira mis desdichas ciertas!
MARQUÉS ¡Haced pedazos las puertas
y arrojad por las ventanas
cuanto hubiere en esta casa!
(A los criados.)
TEODORO ¡Mira, señor, que estás ciego!
MARQUÉS ¡Abrasarela en el fuego
conque el pecho se me abrasa!
TEODORO Pues ¿no te acuerdas que es mía

para tratarla mejor?

MARQUÉS Tienes en ella un traidor.

TEODORO Mi linaje no los cría.

MARQUÉS ¿Mis criados dónde son?

TEODORO ¡Vengan los míos tras mí!
¡Aquí de mi casa, aquí!

LUCINDA Aquí hay grande confusión...

MARQUÉS ¡Aquí mis criados leales!

ESCENA XXV

Dichos, DOROTEA y CRIADOS del Marqués y Teodoro.

DOROTEA ¡Aquí morimos las dos
de medrosas!

LUCINDA ¡Y aquí Dios
ponga remedio a mis males!

DOROTEA ¡Huye, señora!

LUCINDA He de hacer
una gran resolución:
¡que se convierta en león
una ofendida mujer!

(Vanse Lucinda y Dorotea, y los combatientes siguen luchando.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salón lujoso.

ESCENA PRIMERA

El DUQUE y FULGENCIO.

FULGEN. ¡Vieras la casa, que el vella
era asombro!
DUQUE Imaginarla
me aflige: prosigue.
FULGEN. En ella,
los unos por abrasarla,
los otros por defendella,
vi desnudas mil espadas;
y con voces y alaridos,
descompuestas, destocadas,
entre los hombres heridos
las mujeres demayadas;
hasta tener nueva cierta
que ya Cardenio era ído
y por una falsa puerta
había entrado y salido.
Y después de hallarla abierta
salió a buscarlo el Marqués
con algunos de a caballo;
y yo a pié, con pocos pies
fué imposible acompañallo.
Mas hase dicho después,
que en algún monte, escondido
y muerto lo habrán dejado;

pues ninguno ha parecido.

DUQUE ¡Ay, Cardenio desdichado!
¡Ay, triste viejo afligido!
¡Oh, mal hijo! ¿Así se emplea
la sangre que yo te dí?
Que estas costumbres le vea
y que proceda de mí,
no es posible que lo crea.
No es mío. ¡Mas dióle el ser
un ángel, que era su madre!
¡Mas, con todo, he de creer,
siendo tal, que soy su padre!...
Mis pecados deben ser.
Mil veces he imaginado,
si es posible, aunque me espanta,
que me le hubiesen trocado!
Mas no es la malicia tanta
en un labrador honrado.
¿Qué dices?... ¡Cielo divino!
Di, Fulgencio.

FULGEN. ¡Absorto estoy!
Que es tu pasión imaginò.

DUQUE No te parezca que voy
yo tan fuera de camino.
Fulgencio, en mi edad florida
anduve yo enamorado
de un ángel, que fué mi vida;
no era como yo en estado,
mas era tan bien nacida.
Mi padre, que grande era,
hija de grande quería;
y adorela de manera,
que la hice esposa mía
sin que nadie lo supiera.
Mi padre, al cabo de un año,
procuró ver cómo andaba:
suplo mi gloria en mi daño,
que un gusto pronto se acaba
y dura poco un engaño.
Hube de ausentarme yo,
y en un monasterio ella
quedó preñada y parió

este hijo en mala estrella;
y un Religioso le dió
de Lisardo a la mujer,
entonces recién parida
de Cardenio. Hubo de ser
esto, durante la vida
o el enojo y proceder
que mi padre me dejó;
hasta pasados doce años
que el cielo se lo llevó.
Mi esposa, tras tantos daños,
me truje a mi casa yo;
y trajéronme después
de la casa de Lisardo
a Cardenio y el Marqués.
Veo que el uno es gallardo
y el otro villano es;
es Cardenio de mí amado
y el Marqués aborrecido.
¡Mira, siendo desdichado,
si harta ocasión he tenido
de dudar lo que he dudado!

ESCENA II

Dichos y TEODORO.

TEODORO Perdón merece el que viene
a tus pies, no ha desculparse,
pues no habrá quien me condene:
que quien yerra por honrarse,
sobra de disculpa tiene;
sino a pedirte, señor,
afligido y afrentado,
que le prestes tu valor
a un padre que le han dejado
sin su hija y sin su honor.
Pues que ya debes tener
noticia de lo demás.

DUQUE Cúbrete.

TEODORO Estoy bien.

DUQUE No estás.
TEODORO Lo que queda por saber
por este papel sabrás. (Dale un papel.)
DUQUE «Cardenio es verdadero esposo mío; si diere de esposa la mano al Marqués, será forzada del paternal respeto; y por quitarle con mi muerte el gusto que tendrá de pensar que soy suya, para cuyo efecto me previne de este puñal; sepan todos mi firmeza y lloren mis desdichas. —*Lucinda.*»
TEODORO Pues tras esto, lo que pasa,
que el Marqués...
DUQUE ¡Dios le destruya!
TEODORO Se ha llevado de mi casa
mi hija, y está en la tuya.
DUQUE ¡El corazón se me abrasa!
FULGEN. No es posible, hante engañado:
que el Marqués no ha parecido.
DUQUE Tu honor queda en mí guardado;
pues me dejas prevenido
irte puedes descuidado.
TEODORO Beso mil veces tus pies. (Vase.)
DUQUE Aunque este mi hijo sea,
diré yo que no lo es.

ESCENA III

DUQUE, FULGENCIO y FIDENO.

FIDENO Señor, a mi Dorotea
se me ha llevado el Marqués.
De mi casa me ha faltado,
y en ella misma he sabido
de su amoroso cuidado;
y por eso he colegido
que es él quien se la ha llevado.
Justicia es razón que pida:
mira, señor, mis enojos;
porque mi hija querida
era la luz de mis ojos

y era el alma de esta vida.

DUQUE ¡Oh, villano! ¿Qué te has hecho?
¡Su sangre he de derramar!
Ve, Fideno, satisfecho,
de que no le ha de quedar
sola una gota en el pecho.

FIDENO ¡Guárdete el cielo mil años! (Vase.)

ESCENA IV

DUQUE, FULGENCIO y LUCINDA.

LUCINDA Señor, a tus pies me arrojo.

DUQUE ¿Hay sucesos más extraños?
Levántate... ¡Si es antojo!...
Sosiégate... son engaños.

LUCINDA Soy de Cardenio mujer;
tu hijo, señor, ha dado
en que suya lo he de ser.

DUQUE ¿Cómo de él te has escapado?

LUCINDA Quísome el cielo valer
de la confusión que había
en mi casa; medio muerta
salí yo, y cuando salía
hallé un caballo a la puerta...

FULGEN. El que yo perdí sería.

LUCINDA Subí en él, y decir puedo
que algún ángel me ayudó;
que al subir estuvo quedo,
y después piquéle yo
con las espuelas del miedo.
No pude ver si volaba
llorando mis desventuras,
cuyo rigor me llevaba
con el seno tan a escuras
como la noche lo estaba.
Llegué a la que amanecía;
y poniéndome este manto
en casa una amiga mía
vine; y por el cielo santo
que me amparases quería.

¡Logra, señor mi esperanza,
de tu nobleza obligado!
Mujer soy, y en confianza
de que lo soy de un criado
que mereció tu privanza,
quiero arrojarme a tus pies,
quiero en tus manos ponerme
para huir las del Marqués.

DUQUE Levanta.

LUCINDA ¡Duélate el verme
como estoy!

DUQUE Así no estés:
sosiega, suspende el llanto,
que tu amparo pienso ser.

LUCINDA Dame...

DUQUE ¡Por el cielo santo,
por ser mujer, y por ser
mujer de quien quiero tanto
como el propio corazón,
que he de matar al villano!

LUCINDA Dame los pies, que es razón.

DUQUE ¡Sígate mi maldición,
porque te alcance mi mano! (Vanse)

MUTACIÓN

Paisaje rocoso.

ESCENA V

DON QUIJOTE y SANCHO PANZA. Salen con un costal de ropa, y dentro los vestidos de Dorotea, y una espada, capa y sombrero de Cardenio.

QUIJOTE ¡Dí agora que mal se emplea
la Andante Caballería!...

SANCHO ¡Gracias a Dios que este día
vi lo que el gusto desea!
Matáronme los Viandantes
con la maza; y con los palos
los Sangueses.

QUIJOTE Son regalos
de caballeros andantes.
Prueba su valor y acero
el que a tales cuitas viene;
y el que más feridas tiene
es más bravo caballero;
pues tal vez con su valor,
por despojos de la guerra,
desde el polvo de la tierra
amanece emperador.
Si el sombrero es de un sayal,
no lo es espada y capa
ni el coleto, ni ese mapa
que se halla dentro el costal.
SANCHO De hoy más dichoso he de ser.
QUIJOTE ¿Estás contento?
SANCHO Y soy hombre,
que la Panza de mi nombre
me revienta de placer.
QUIJOTE ¿Qué farás, buen Panza, al fin,
cuando por mía confirme
la primer Insula firme?
¡Serás otro Gandalín!
SANCHO ¿Quién fué Gandalín, señor?
QUIJOTE Fízole... ¡son maravillas!
de cincuenta y tantas villas
su amo Gobernador.
Seráslo tú, aunque me cueste
la vida.
SANCHO Dame vasallos,
que yo sabré gobernallos;
¡a fe que se las atieste!
QUIJOTE ¡Qué bien huele! Principal
será el dueño. ¡Es ambar gris!
(Por el costal.)
De la casta de Amadís
debe ser, u otro que tal.
¡Cuánto diera por saber
cuyo es esto!...
SANCHO Bien lo entiende..

ESCENA VI

Dichos y un VILLANO.

QUIJOTE ¡Ah, hombre bueno, atiende, atiende!
VILLANO ¿A qué tengo de atender?
SANCHO ¿Qué, dueño le busca?
QUIJOTE Calla.
SANCHO ¡Pesi a mí! ¡No echa de ver
que yo le habré de perder
si es que su dueño lo halla!
QUIJOTE ¿Conocéis un caballero
que anda desesperado,
y estas prendas ha dejado?
VILLANO Sí, conozco.
SANCHO Yo no quiero
que le conozca.
QUIJOTE De ahí
te desvía.
SANCHO Ellas son mías.
VILLANO Yo le vi habrá pocos días
andar loco por aquí.
Con furor demasiado,
sin sentido y sin acuerdo,
ya está loco, ya está cuerdo:
¡y a fe que parece honrado!
No tiene cierto lugar
donde duerma o donde vele.
Infinitas veces suele
a mis garzones llegar,
y hurtándoles la comida
con ellos se descomide;
y otras veces se la pide
con el alma enternecida.
Ya grita, ya gime y llora;
ya se arroja y descalabra;
ya no dice una palabra
transpuesto más de una hora.
Y su tema el decir es
a voces con desconcierto:
—«¡Ay, que Lucinda me ha muerto,

y me ha engañado el Marqués !»—
Mas, él es, si verle quieres :
Mira el semblante que lleva.

QUIJOTE Diérate por esa nueva
lo mejor de mis haberes.

ESCENA VII

Dichos y CARDENIO, en calzones de lienzo.

CARDENIO ¡ Qué rabia es esta ! ¡ Qué fuego !

VILLANO Escúchale atentamente.

CARDENIO ¿Quién la pasa? ¿Quién la siente?
¿A dónde hallarse sosiego?
¿Dónde me llevan los pies
sin la vida? ¡ El seso pierdo !
Pero, ¿cómo seré cuerdo,
si fué traidor el Marqués?
¿Qué cordura, qué concierto
tendré yo, si estoy sin mí?
¡ Sin sér, sin alma y sin tí,
ay, Lucinda, que me has muerto !
¿Tan cierto ha de ser, que tarde
la muerte, a quien la desea?
¿No es posible que te vea,
muerte, villana cobarde?
Ven a pagar lo que debes,
tú, causadora de tantas :
¿De un desdichado te espantas?
¿A un rendido no te atreves?
Contra tu naturaleza
hazme agora una amistad :
¡ Mas en ti ha de haber piedad
si en Lucinda no hay firmeza !
¡ Cielo, cielo, si un desmayo
no me das para que muera,
ni de este monte una fiera,
ni de tus nubes un rayo,
(como en tantas asperezas
consuelo no quieres darme)
saquen, para consolarme,

los ángeles las cabezas!
¿Cuándo al sol y a las estrellas
en mi favor las veré?
Pero no, que pensaré
que es Lucinda alguna de ellas.
Pues el gozarla después
el Marqués será tan cierto:
¡Ay, Lucinda, que me has muerto,
y me ha engañado el Marqués!

QUIJOTE ¡Qué bien se lamenta y llora!
¡Qué a tiempo se ha suspendido!

VILLANO Pues como está, divertido,
será poco estarse una hora.

QUIJOTE Sus cuitas quiero saber.
Caballero, yo quisiera...

VILLANO Cuando está de esta manera
no puede sentir ni ver.

QUIJOTE ¡Caballero, el más cuitado
que lo fué un tiempo, Amadís!...
¿Oís, señor? ¿No me oís?

SANCHO Hablad por ese otro lado.

QUIJOTE Volved, que si a mí os volvéis
gustaréis lo que os digo.

SANCHO Hable alto. Escuche, amigo.

CARDENIO ¡Villanos! ¿qué me quereis?
¡Vuestra poca cortesía
aquí mi paciencia acaba!
¿Dejareisme como estaba,
soñando, aunque no dormía?
Soñaba, que entre los lazos
de Lucinda era diamante:
que tornaba a ser su amante
y me ponía en sus brazos.
¡Y agora en los del Marqués
se me ha vuelto a mi memoria!
Pues me quitas tanta gloria,
mis manos proba, y mis pies.

(Dales de puñadas y coces.)

QUIJOTE ¡Deteneos, sandio!

CARDENIO ¡Traidores!

SANCHO ¡Ay!

VILLANO ¡Ay!

CARDENIO ¡Os he de matar!
QUIJOTE ¡Dignos son de perdonar
estos yerros por amores!
CARDENIO Vuelva mi abrasado pecho
a mi soledad amada. (Vase.)

ESCENA VIII

Dichos menos CARDENIO.

SANCHO ¡La espalda tengo quebrada!
VILLANO ¡Muerto soy!
QUIJOTE Y yo maltrecho.
VILLANO ¡Pesi a él!...
SANCHO ¡Gentil despacho!
¡Este asno no nos dijera
que era furioso!... ¡No fuera!...
VILLANO ¿Yo no lo dije, borracho?
SANCHO ¿Borracho a mí? ¡Mientes, cuero!
VILLANO ¿Yo miento? Aguárdate...
SANCHO (Danse de puñadas) Espera...
QUIJOTE ¡Teneos! ¡Aparta! ¡Fuera!
¡Despárteos un caballero,
¿y no teméis? malandrines,
viles, astrosas criaturas!...
SANCHO ¡Ah, señor: tus aventuras
siempre tienen estos fines!
VILLANO ¡Por Dios, tan loco sois vos
como el que de aquí se ha ido!
QUIJOTE ¡Corre!...
SANCHO No puedo.
VILLANO ¡Corrido
te veas tú, plegue a Dios! (Vase.)

ESCENA IX

DON QUIJOTE y SANCHO PANZA.

SANCHO ¡Buenos quedamos!
QUIJOTE No dudo

que el loco es gran caballero.
¡Qué tierno amante, qué fiero,
qué galán y qué membrudo!
¡Grandes envidias me dan
de su imitación famosa!
En su locura celosa
este imitaba a Roldán.

SANCHO ¡Hame muerto! A Bercebú
o a su padre imitaría.

QUIJOTE De nuestra Caballería,
animal, ¿qué sabes tú?
Roldán, con celos eternos
de su Angélica, o Medoro,
fué bramando como un toro.

SANCHO Y lo sería en los cuernos.

QUIJOTE Por los suelos arrojó
armas, espada y escudo,
hasta quedar más desnudo
que su madre lo parió.
De puñadas dejó a oscuras
muchos hombres; y un rocín
mató de hambre; y en fin,
fizo famosas locuras.
Amadis también anduvo,
con locura más humana,
desdeñado de Oriana;
y en la peña pobre estuvo.
Mudó de Amadis el nombre
en Beltenébros; lloró,
hecho ermitaño; y cobró
con ello eterno renombre.
Pues para hacer que se cuente
de mí otra hazaña famosa,
¿no es mi dama tan fermosa,
o no soy yo tan valiente?
¿No digo bien?

SANCHO Si me apuras
habré de decir verdades:
para tales necedades,
disparates y locuras,
ellos ocasión tuvieron
de celos y de recelos;

pero a ti ¿quién te da celos
o qué desdenes te hicieron?
¿Qué te sobresalta el pecho?
¿Quiere tu dama a Medoro,
a algún cristiano, a algún moro?
¿Qué niñerías ha hecho?
Yo no lo entiendo, señor.

QUIJOTE Pues en eso es bien que vea
mi señora Dulcinea
la fineza de mi amor.
Que, pues, sin haberme dado
ocasión, el juicio trueco
y hago estas cosas en seco,
¿qué hubiera hecho en mojado?
Yo quiero determinarme...

SANCHO Señor, ¿qué quieres hacer?

QUIJOTE Loco soy, loco he de ser:
no tienes que aconsejarme.
¿Cómo muerte no venís,
cobarde a mis desventuras?
Quiero ser en mis locuras
entre Roldán y Amadís.

SANCHO Será una buena ensalada,
señor.

QUIJOTE Déjame acabar.
¡Afuera peto! ¡Espaldar!
¡Oh, reniego de la espada!
¡Adiós, escudo de Orlando!
¡Adiós, yelmo de Membrino!
Cuélgalas tú de ese pino
mientras las voy arrojando.
Imitarás a Cervin.

SANCHO Aquí en lo alto, yo lo fío,
que irán tu seso y el mío
como Sancho y su rocín.

QUIJOTE ¡Que mi muerte no resuelvas,
cielo, en estos horizontes,
con las fieras de estos montes
y sátiros de estas selvas!
¡Haz que la cabeza saque
un ángel; y si la saca,
vomite alguna triaca

con que mi veneno aplaque!
¿Dónde me llevan los pies?
Mas ¿cómo tendré concierto,
si Dulcinea me ha muerto?...

SANCHO «¡Y me ha engañado el Marqués!»
Que así el otro decía.

QUIJOTE Como quien, velando, duerme,
quiero agora suspenderme.
¡Ay, bella enemiga mía!

SANCHO ¡Al otro quiere imitar
en todo, así Dios me guarde!
¡Ah, señor, mira que es tarde!

QUIJOTE ¡Villano! ¿quiés me dejar?
Soñaba que Dulcinea
en sus brazos me tenía...
¡Por tu poca cortesía
te he de matar! (Dale a Sancho.)

SANCHO ¡Ea, ea!

QUIJOTE ¿No le imito bien?

SANCHO ¡A usadas!
Mas no me está bien, señor,
que seas su imitador
en las coces y puñadas.

QUIJOTE Con más ligero pié y mano,
te digo...

SANCHO ¿Qué resta agora?

QUIJOTE Que lleves a mi señora
una carta de mi mano.
Entre matas y entre enebros
buscaré una cueva oscura,
do llore mi desventura
hecho el propio Beltenebros.

SANCHO Qué, ¿he de dejarte?

QUIJOTE Y volver
para verme triste y ledo:
ven, verasme donde quedo,
y sabrás lo que has de hacer.
Mas antes, para que veas
perdidas mis alegrías,
verás más locuras mías
que contar a Dulcinea.
Dareme en aquellas peñas

una y otra cabezada.

SANCHO Y tu cabeza quebrada
podré llevalle por señas. (Vanse.)

MUTACIÓN

Interior de una espesa pineda.

ESCENA X

CARDENIO, el CURA y BARBERO.

CURA Vuestra desdicha he llorado
con el pecho enternecido.

BARBERO A mí me habéis afligido.

CARDENIO Y a mí me habéis consolado.
El cielo debió guiaros
por aquí.

CURA El mismo cielo
os dé paciencia y consuelo.

CARDENIO Otra vez vuelvo a cansaros.
Perdonad.

BARBERO Decid, señor;
descansad en hora buena.

CURA Quien comunica una pena
es cierto hacella menor.

CARDENIO Señores, ¿qué pudo ser
que me tratasen tan mal
un hombre tan principal
y un ángel de una mujer?
Llamóme porque estuviera
a ver como se casaba:
yo entendí que me llamaba
a que su firmeza viera.
Tuve ya casi por llano
oirle negar un sí,
confiado en que la vi
que dudaba dar la mano;
y cuando esperando estoy
que dijera con valor:
—«No puedo darla, señor»,—

la oí decir: —«Sí, la doy.»—
Quedé entonces triste yo,
mudo, helado, sordo y ciego;
y así de mi pecho el fuego
como rayo me arrojó.
Salime, ya sin sentidos,
viendo el caso: fuime al monte
y alboroté su horizonte
con mil voces y alaridos.
Y cuando sobre la espada
quise arrojarme, la ví
que estaba lejos de mí
por mis manos arrojada.
Que fué milagro confieso:
que el cielo, de esta manera,
porque el alma no perdiera,
quiso que perdiera el seso.
Conozco que poco a poco
algunas veces le pierdo,
y sólo tengo de cuerdo
el conocer que estoy loco.

CURA — Sosegaos, que en Dios espero
que os tiene de consolar.

BARBERO — ¿No es Panza?

CURA — Sí, no hay dudar.
¿Sancho?

ESCENA XI

Dichos y SANCHO PANZA.

SANCHO — ¿El Cura y el Barbero?

BARBERO — ¿Qué hay, compadre?

SANCHO — ¿Qué hay, compadre?

BARBERO — ¡Pardiez, que os he de abrazar!

SANCHO — (El es, y me he de escapar,
si puedo; ¡Dios es mi padre!)

BARBERO — ¿Pues huyen los hombres buenos?
Espera.

SANCHO — ¿A quién tiene al lado?
Ese me trae derrengado

y con una espalda menos.

CURA Llegad, que no os hará mal.

SANCHO Llego, pues tú lo procuras.

CARDENIO Algunas de mis locuras
debió de ser, que estoy tal.

CURA ¿Qué es de vues-amo?

SANCHO Quedó
a la Luna de Valencia:
haciendo esta penitencia
de la que nunca pecó.

CURA ¿Cómo así?

SANCHO Encima no lleva
sino lo menos que pudo:
va desarmado y desnudo,
tiene por casa una cueva.
Tiéndese en la tierra fría:
que imitar le satisfizo
a un Amadis, que se hizo
tinieblas a medio día.

CURA ¿Beltenebros dirás?

SANCHO Sí,
aquese es su propio nombre.

BARBERO ¡Extraña locura de hombre!

CURA ¡En mi vida tal oí!
¿Tú dónde vas?

SANCHO A llevar
una carta a Dulcinea.
¡La respuesta buena sea!...
que ella se lo ha de mandar,
o de allí no ha de salir,
si no fuese a alguna empresa
de alguna grande Princesa
que se lo venga a pedir.
Que así lo tiene jurado,
y cumplirá el juramento.

CURA No es extraño pensamiento...
¡Ah, Quijada desdichado!
Busquemos una invención
con que sacarle de allí.

BARBERO Busquemos.—¿Qué traes ahí?

SANCHO Ciertas niñerías son.

CURA Veámoslas.

SANCHO Eso no,
que alguno las podrá ver
y habrelas yo de perder.
CARDENIO Ya conozco algunas yo.
Mas yo te las aseguro.
SANCHO ¿Si son suyas, me las da?
CARDENIO Sí a fe.
SANCHO ¿Jurado lo ha?
CARDENIO Y otras mil veces lo juro.
SANCHO Estas prendas suyas son.
CARDENIO ¡Y por mi mal arrojadas!...
SANCHO Como por mí bien halladas.
CURA Dices bien.
BARBERO Tiene razón.
SANCHO Estas hallé yo primero
junto a un castillo encantado.
CURA ¡Y es su valor extremado!...
SANCHO Y con extremo las quiero.
BARBERO Pasos siento...
SANCHO Viene gente.
(Mi ropa quiero esconder.)
CARDENIO Si no me engaño, ha de haber
tras de esa peña una fuente:
vendrán a beber a ella.

ESCENA XII

Dichos y DOROTEA.

DOROTEA Cansada vengo y perdida.
¿Cuándo acabarán, mi vida,
los influjos de mi estrella?
¿Estas desdichas que paso,
¡ay, cielo! en qué han de parar?
¡Hasta el sol quiere ayudar
este fuego en que me abraso!
BARBERO ¡Parece voz de mujer!
CARDENIO ¡Y que yo otra vez la oí!
CURA Llegad quedo por aquí,
porque la podamos ver.
SANCHO ¡Que es hombre! No es mujer, no.

CURA Calla, Sancho.
SANCHO Callo.
BARBERO Calla.
DOROTEA ¿Es fuente? Vengo a buscalla,
como cierva herida, yo.
Nevados cristales son.
¡Ay de mí! ¡Cuánta bebiera,
si es que por la boca, fuera
camino del corazón,
y el fuego que en él se fragua
quizá se apagara ansí!
¡Pero este fuego, ¡ay de mí!
no se apaga con el agua;
pues si en lágrimas se moja
más se aviva y se despierta!
¡Bravo calor! ¡Estoy muerta!
¡Todo me aflige y congoja!
¡Hasta mis propios cabellos
me enfada sólo el mirarlos,
pues ya se acabó el peinallos,
ya no puedo componellos!
BARBERO ¡Por cierto grande hermosura!
CURA ¡Y la aprieta gran dolor!
SANCHO ¡Oh, qué diera mi señor
por ver tan brava aventura!
CARDENIO ¡También pasan las mujeres
desdichas como la mía!
Que llegásemos querría.
CURA Lleguemos, pues tú lo quieres.
CARDENIO ¿Señora?...
DOROTEA ¿Qué gente es esta?
CARDENIO El mirarte apasionada
nos obliga...
DOROTEA ¡Ay, desdichada!...
(Hace como que se va.)
BARBERO ¿Huyendo das la respuesta?
Señora, espera. ¿Qué dices?
que a servirte hemos venido.
DOROTEA ¿Qué haré? si habéis conocido
el arbol por las raíces.
CARDENIO Sosiégate, y el deseo
que de servirte tenemos

admite: que no queremos
enojarte.

DOROTEA Ya lo creo.
Que en el cortés proceder
vuestro intento conocí.

CARDENIO (Esta voz se que la oí;
mas no he visto a esta mujer.)

DOROTEA (¡Si fuese Cardenio aquel,
que su voz he conocido!
¡Si es que tan dichosa he sido
no es mi suerte tan cruel!)

CURA La causa preguntaría,
(si un curioso no es culpado,)
de este efeto.

DOROTEA Hame obligado
a eso, y más, tal cortesía.
Ya habréis sabido, señores,
(pues fué fábula del pueblo
en las lenguas de la fama
y en las espaldas del tiempo)
la desventurada historia,
el infelice suceso
del Marqués y Dorotea,
de Lucinda y de Cardenio.

CURA Poco ha de un fiel testigo
lo oímos y lo sabemos.

CARDENIO ¡Y que es mudable Lucinda
como el agua y como el viento!

DOROTEA Yo estuve en el mismo engaño,
y después todos supieron
que es la mujer más constante
que se ha visto en estos Reinos,
Tiene una casa de campo
con muchos jardines bellos
el duque Ricardo, a donde
suele retirarse a tiempos.
Allí de Cardenio el padre,
Lisardo, que es el casero,
sirve a Lucinda, y la guarda
en persona el Duque mesmo;
y allí supe que Lucinda
la noche del casamiento,

al dar la mano al Marqués,
tras el sí, cayó en el suelo
desmayada; y que le hallaron
en la manga y en el pecho
una daga y un papel.

CARDENIO ¿Qué dices?

DOROTEA Cardenio, es cierto.
Declaraba de su mano
ser su esposo verdadero
Cardenio, y que el Marqués
sería imposible el serlo.
Yo misma le hablé después
y díjome que su intento
fué de matarse, y no pudo,
que el sobresalto y el miedo
le quitaron el sentido.
Con tanto encarecimiento
y con lágrimas, rogóme
que le buscase a Cardenio.
Canseme por estos montes,
perdime por estos cerros,
dándole voces, que a todas
me respondían los ecos.
Con la voz pudiera hallarle,
mas con la vista no puedo:
que le hablé sólo una noche
y no sabré conocerlo.
Con tanta pasión me aflijo
y le busco, porque pienso,
que hallaré por el camino
de su dicha mi remedio.
Porque yo soy Dorótea,
la perseguida del tiempo,
la burlada del Marqués
y la desdichada.

CARDENIO ¡Ay, cielo!
Yo soy Cardenio, señora;
dame las manos.

DOROTEA Primero
verás en éste papel
las defensas del proceso

que contra Lucinda hiciste;
que es el mismo que en el pecho
le hallaron, y de su mano
a tus ojos le presento.

BARBERO ¡Por cierto, suceso extraño!

CURA ¡Notable cosa por cierto!

DOROTEA ¡Ay, si por este camino
me socorriesen los cielos!

SANCHO ¡Pardiez! como tonto escucho
y en dibujos no me meto.

CARDENIO ¡Queridas letras del alma!
Ya no habrá (pues que pusieron
triaca en vuestras razones)
en vuestra tinta veneno.
Ya, si no gozo a Lucinda,
moriré al menos contento,
conque no fué falta suya,
sino voluntad del cielo.
¡Dorotea, Dios te guarde,
y harete ver por lo menos,
si como pobre te pago,
que como honrado te debo!

DOROTEA De cumplimientos te deja:
ven conmigo.

CARDENIO Vamos luego.

CURA ¿Y no gustaréis, señores,
de que valgamos primero
a este Caballero Andante?
Que es lástima...

CARDENIO Sí por cierto:
vosotros, señores, fuisteis
padres de tan buen suceso.

DOROTEA Y es mucha razón serviros.

CURA Pues vení.

BARBERO ¿Cómo lo haremos?

CURA Yo lo diré en el camino,
que ya pensado lo tengo.
Sancho, escucha.

SANCHO Ya te escucho.
¡Si serán encantamientos!

DOROTEA (¡Ya, Marqués, vuelvo a buscarte!)
CARDENIO (¡Ya, Lucinda, a verte vengo!) (Vanse.)

MUTACIÓN

El mismo lugar del cuadro anterior, divisándose la entrada de una cueva.

ESCENA XIII

DON QUIJOTE con el traje en desorden y sin armas.

¡Verdes hierbas, fuentes claras,
por mí marchitas y secas!
¡Altos montes, peñas huecas:
volvé a mis ojos las caras!
Mira el semblante feroz
conque eternamente os miro;
¡ay! tomad ese suspiro,
aunque os espanta esta voz.
Fuera dichoso español
si es que para verme agora,
Dulcinea, mi señora,
tuviera el lugar del sol.
Porque no se alabará
ningún Caballero Andante
de locura semejante.
¡Si es que contalla sabrá
Sancho, lo que hacer me vió
con tan furioso ademán,
que no lo hiciera Roldán,
ni el mismo que la inventó!
Mas sin furia, poco a poco,
una locura discreta
quiero hacer: seré poeta,
para ser discreto y loco.
Ingenio y locura es:
que quien por naturaleza
hace pies con la cabeza,
el seso traerá en los pies.
¿Glosaré? No, que el glosar

es un cansancio sin fruto.
¿Haré un soneto? Es tributo
que no lo sabré pagar.
¿Pues haré esdrújulos? No,
que el buscarlos es perderlos;
y estos versos han de hacerlos
mayores locos que yo.
Hacer coplas castellanas
es, sin duda, lo mejor
para negocios de amor.
¡Aquí, musas soberanas!
¿No es Sancho? ¡Por vida mía
que es él, y me da cuidado!
Quédese esto: ya he dado
al través con la poesía.
¿Panza?

ESCENA XIV

DON QUIJOTE y SANCHO PANZA. Luego CARDENIO, CURA, DOROTEA y BARBERO.

SANCHO — Señor: presto, presto
ponte en orden.
QUIJOTE — ¿Qué es la priesa?
SANCHO — Viene a verte una Princesa:
póngase grave y honesto.
Ella viene.
QUIJOTE — Espera, ten:
¿Qué dice mi Dulcinea?
SANCHO — ¡Pesi a tal! Ve que se apea
esa otra del palafrén.

(Salen Cardenio, Cura, Dorotea y Barbero.)

CURA — Menesterosa doncella
has de ser.
DOROTEA — ¡Harto mejor
podré ser menesterosa,
que doncella!
BARBERO — ¡Bien, por Dios!
No te turbes.
DOROTEA — No, que llevo

estudiada la lición.

BARBERO ¿Llegaremos?

CURA Sí, llegamos.

DOROTEA ¡Dadme vuestros pies, Señor!

QUIJOTE ¡Alzad, fermosa doncella!

DOROTEA Fuerte Caballero, non
he de alzarme, que primero
no me otorgueis un don.

QUIJOTE Yo vos lo otorgo, si es cosa
que no sea contra Dios,
contra el Rey, y contra aquello
que juré en mi profesión.

DOROTEA Dadme esa mano invencible.

QUIJOTE Levantad: decid quién sois.

DOROTEA Soy la infelice Princesa
Nicomicona, y estoy
a tuerto desposeída
del reino Nicomicon.
El gigante Gatarán,
el de la espantable voz,
el de la torcida vista,
mis esperanzas torció.
Enamorado de mí,
mi padre puso en prisión,
porque por esposo mío
no quise admitirle yo.
No hay hombre que se le atreva,
porque es valiente el follón.
Como me dejó afligida
y huérfana me dejó,
de lueñas tierras me trujo
la fama de ese valor;
pues el mundo os llama «el fuerte,
el bravo, el desfacedor
de agravios, y el que los yerros
de nuestros siglos doró.»
Y pues tanto por las armas
habéis ganado, que son
grima vuestra espada y lanza,
vuestro brazo esgrimidor,
doleos de ver que en mi reino
estaba como un reloj,

y vengo de venta en venta
más flaca que un asador.
Lágrimas lloro de sangre;
y otra vez quiero...

QUIJOTE — Eso no:
levantaos, alta Princesa,
vuestro Caballero soy
y vos veréis lo que fago.
¡Descomunal gigantón,
desemejada criatura,
atendedme, que ya voy!
Descuelga esas armas, Sancho.

DOROTEA — Pongamos-se-las los dos.
(¡Dios me detenga la risa!)

CURA — ¿Vióse tal?

CARDENIO — Tenéis razón:
bien lo hizo Dorotea.

BARBERO — Con mucho donaire habló.

QUIJOTE — ¡Básteos el ocio, armas mías!
Juntos estamos los dos
muy re-bien; y más agora
para tan buena ocasión.

DOROTEA — Ceñiros quiero la espada.

QUIJOTE — ¡Y animaisme el corazón!

SANCHO — ¡Qué bravo vas!

CURA — Al camino
les salgamos. (Vase con Cardenio y el Barbero.)

QUIJOTE — ¡Así voy
a quitalle a tu enemigo
tu reino Nicomicón;
aunque más gigante sea,
aunque lluevan ¡voto al sol!
más gigantes que hay estrellas
o que sus átomos son!
¡Ven, soberana Princesa!

DOROTEA — ¡Mil años os guarde Dios! (Vanse.)

MUTACIÓN

Patio descubierto.

ESCENA XV

LISARDO y LUCINDA.

LISARDO Perdona, señora mía,
si en servirte hubiere falta;
porque en esta casa falta
lo mejor que en ella había.
LUCINDA Ninguna se echa de ver,
y yo a ti te serviré:
siento en el alma que esté
tan al cabo tu mujer.
LISARDO Haciendo está testamento,
que presto podrá acaballe;
y esperamos para dalle
el último Sacramento.
LUCINDA ¡No te aflijas!
LISARDO ¡Ay de mí!
que son notables mis daños.
¿Compañía de treinta años
no quieres que llore así?
LUCINDA Hácelo el cielo. ¿Qué quieres?
Esto es justo que imagines.
LISARDO Los principios y los fines
es lo bueno en las mujeres.
LUCINDA ¡Permita Dios que tu hijo
parezca, y deme la muerte!
LISARDO Viendo que es cosa muy fuerte
más me acongojo y aflijo.
Mucho tarda, si es que viene,
para merecerte a ti.
LUCINDA Vendrá, por amor de mí,
mudar tu traje conviene.
LISARDO Eso acabar no podrán
conmigo, que en mi persona
es la púrpura y corona
la motera y el gabán.
Quiso el Duque, mi señor,
que fuera a ser cortesano;
pero no estuvo en mi mano
quitarme de mi valor.

¿No sabes como el Marqués
anda celoso y se abrasa
por robarte de mi casa?
Mira que advertida estás;
que por eso desconfío
de que mi hija has de ser.

LUCINDA Si Dios no quiso poder
forzar el libre albedrío,
¿cómo podrán los humanos
con sus traiciones forzarme;
pues tengo para matarme
amor, honra, pecho y manos?

LISARDO Pues hoy te saca de aquí,
que conmigo lo ha tratado.

LUCINDA ¿Hase el Duque levantado?
Hablarele.

LISARDO Creo que sí.

(Salen a un mismo tiempo por una puerta, el Marqués y otros tres tras él, con máscaras; y por la otra, Cardenio, Dorotea, Don Quijote, Sancho, el Cura y el Barbero.)

ESCENA XVI

Dichos, MARQUÉS, CARDENIO, DOROTEA, DON QUIJOTE, SANCHO PANZA, el CURA, el BARBERO y tres CRIADOS.

MARQUÉS Lograd aquí mi esperanza.

CRIADO Servirémoste, señor.

CARDENIO En el Duque, mi señor,
se apoya mi confianza.

MARQUÉS No es esta mala ocasión.

CARDENIO ¿Por dónde entró aquella gente?

LUCINDA ¡Ay de mí!

MARQUÉS ¡No huyas!

CARDENIO ¡Tente!

LUCINDA ¡Ah, señor! ¡Traición, traición!

CARDENIO ¡De traidores y villanos
te defenderán leales!

MARQUÉS ¿Pues tú contra mí, te vales
de la lengua y de las manos?

QUIJOTE ¡Conmigo las has de haber! (Saliendo.)
MARQUÉS Quitad ese loco allá.
BARBERO Ayuda, Sancho.
QUIJOTE ¡Soltá!
CURA ¡Este nos lo echa a perder!
(Meten el Cura, el Barbero, a Sancho y Don Quijote por fuerza.)

ESCENA XVII

MARQUÉS, CARDENIO, LUCINDA, DOROTEA y CRIADOS. A poco el DUQUE.

CARDENIO Sin conocerte se ha hecho,
mas toma, señor, mi espada.
MARQUÉS Esta he de ver envainada
primero en tu infame pecho.
LUCINDA ¡Detente!
DOROTEA ¡Marqués, señor!...
LUCINDA Moriré por defenderte.
MARQUÉS ¡Matadle, dadle la muerte!
(Sale el Duque y Criados.)
DUQUE ¡Deteneos! ¡Hijo traidor!
¿Dónde vas, infame? ¡Tente!
Tu sangre quiero verter.
MARQUÉS ¡Desta vez no he de tener
quien me oprima y quien me afrente!
CARDENIO Aquí no hay más cortesía:
mi pecho, si no mi mano,
le defiende.
DUQUE ¡Oh, inhumano,
algún demonio te guía!
Por mi mano he de acabar
hombre, que tan mal nos trata.
DOROTEA ¡Eso no, que aunque me mata,
no podré verle matar!
MARQUÉS Matá al Duque.
FULGEN. No queremos,
porque ninguno hay traidor;
que es nuestro antiguo señor
y por él te obedecemos.

DUQUE ¡Quitadle las armas presto!
A vasallos y criados
dalas luego.

MARQUÉS (Mis pecados
en tal desdicha me han puesto.

DUQUÉ No hay llevarlo, no hay sufrillo:
yo mismo le he de matar;
o al Rey he de suplicar
que lo acabe en un castillo.
¿Qué llorar y qué gemir
es aquel? ¿Qué puede ser?

ESCENA XVIII

Dichos y LISARDO.

LISARDO ¡Ay, cuitado! Mi mujer
es, que acaba de morir.
Permitiólo el cielo ansí
para quitarte la causa
de este efecto desdichado
que tanto te aflige el alma.
Mi cautelosa mujer,
como en efecto cristiana,
a la hora de la muerte
ante escribano declara
delante muchos testigos,
que el que Cardenio se llama
es don Fernando el Marqués,
heredero de tu casa;
y el que Marqués se ha llamado
y don Fernando, es, sin falta,
Cardenio su hijo y mío,
nacido en mi propia cama.
Yo, cómplice en el engaño,
digo también que haré paga;
aunque me cueste esta vida,
que ya de pesar se acaba.

DUQUE Ya el alma me lo decía,
en lo cierto asegurada:
que, al que es leal, pocas veces

o nunca le miente el alma.
¡Llégate a mis brazos, hijo!

CARDENIO ¡Parece cosa soñada!

MARQUÉS ¡A esto llegan mis desdichas!

CARDENIO ¡Dame la mano!...

DUQUE Levanta.

DOROTEA (¡Si ha de igualar nuestros gustos
el que nuestro estado iguala!)

LUCINDA (¡Si mudara el pensamiento
con tan extraña mudanza!)

DUQUE ¿Agora estás pensativo?

CARDENIO Una duda me maltrata.

DUQUE Ya la entiendo, y es razón
al momento averiguarla.
Dale la mano a Lucinda...

CARDENIO Con la vida y con el alma.

DUQUE Que a quien te quiso villano,
así, como noble, pagas.

CARDENIO Y dala tú a Dorotea.

MARQUÉS Sí haré...

DOROTEA ¡Aunque ya villana,
la estimo!

DUQUE Por ella, advierte
que se perdonan tus faltas.

FULGEN. Volved, pues estais contentos,
a ver la notable traza
conque el Cura y el Barbero
llevan al loco a su casa.

(Sacan a don Quijote en una jaula de garruchas, y salen el Cura y el Barbero con él.)

ESCENA ULTIMA

Dichos, DON QUIJOTE, el CURA y el BARBERO.

QUIJOTE Si ha sido el encantador
Triston Arcalans Urganda,
quien me ha puesto de esta suerte,
¿do están mi escudo y mi espada?

BARBERO Tú, el de la Triste Figura,
no te aflijas, si te encantan;

porque es esta una aventura
que la verás acabada,
cuando, a pesar del gran Can,
el gran León de la Mancha
y Paloma Tobocina
en ricos tálamos yazgan;
dando al mundo cachorrillos
que parezcan en las garras
al cachorro. ¡Ten valor,
porque esto será sin falta!

QUIJOTE ¡Oh, celestial profecía!
Contento voy; que mi fama
volará menos, no estando
la mi persona encantada!

CARDENIO Y de los hijos trocados
aquí la comedia acaba,
y del Caballero Andante
DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA

Precio: DOS pesetas